



**LO QUE ESTÁ EN JUEGO  
ES LA MORAL**

**G.B TATIAN**

Lo que está en juego es la moral

G.B Tatian

*A mi padre*



# 1

La luz naranja de las farolas iluminaba las calles aquella oscura madrugada de invierno. Benicio San Emeterio caminaba erguido por la acera de aquella larga calle sujetando las asas de una bolsa de deporte negra y rectangular. Con la otra mano agarraba un tetrabrik de leche.

Su rostro reflejaba seriedad y el sonido que provocaba al caminar era casi imperceptible a pesar del silencio de la noche y de sus 109 kilogramos de peso de puro músculo. Su figura era intimidante y robusta incluso desde lejos. Medía casi un metro noventa y hacía parecer que su bolsa de deporte era pequeña a su lado, aunque no lo era.

Se detuvo un momento para dar el último sorbo al tetrabrik de leche e inclinó la cabeza hacia atrás para beber. Vio una pequeña parte de la luna sobresaliendo por encima de la azotea de un edificio. La calle completamente vacía. Los cristales de los coches aparcados reflejaban la luz de las farolas. Depositó el cartón de leche en la papelera y siguió caminando. Al cabo de unos metros empezó a sentir los golpes de la punta de sus cordones contra sus zapatillas.

Se detuvo de nuevo y se agachó posando una rodilla contra el suelo. Soltó la bolsa de deporte y al caer hizo un breve pero tremendo ruido pesado de objetos metálicos chocando unos con otros. Se ató

los cordones y se puso en pie enseguida, agarró su bolsa y la levantó del suelo como si no pesara nada.

Siguió caminando por aquella calle y a la altura de un callejón a pocos metros empezó a escuchar ruidos extraños, como de un animal sollozando. Empezó a caminar más despacio y a medida que se acercaba el sonido era más perceptible. Siguió hasta la entrada del callejón y se detuvo en medio. Dentro había alguien, y vio como la enorme figura de Benicio aparecía de la nada y se detenía a la entrada. De pronto aquel sonido desapareció de golpe. Benicio permaneció parado unos segundos mirando hacia el fondo, pero no pudo ver nada, la escasez de luz y la lejanía no lo permitían. Desde dentro vieron como su oscura figura empezaba a moverse y desaparecía tras la esquina. Tras unos escasos segundos un sonido leve y suave salió del interior del callejón. El sonido que hace alguien cuando pide silencio:

— Shhh...

Entonces vieron desde el interior la enorme y oscura figura de Benicio retrocediendo sobre sus pasos hasta situarse en el centro de la entrada de nuevo. Hubo unos segundos de completo silencio. De pronto Benicio comenzó a caminar hacia el interior del callejón. Se escuchaba el sonido de la cremallera de su bolsa de deporte abriéndose. La luz era insuficiente y sólo podía ver a unos escasos metros a su alrededor a medida que se adentraba. Los muros, el suelo y el fondo oscuro. Caminó hasta el final y se detuvo cuando se le hizo visible. Había una mujer con el torso inclinado y apoyado sobre una mesa de madera al lado de la basura. Tenía los pantalones bajados y sollozaba, cayendo lágrimas de sus ojos. Tras ella, un hombre sujetando una navaja sobre su nuca. El hombre se apartó de ella y sujetó con fuerza la navaja. Benicio se hizo a un lado y la joven salió corriendo y volvió a situarse en el medio frente al hombre. Hubo un breve instante de silencio. Rebuscaba en su bolsa y el choque de piezas metálicas emitía un leve sonido. El hombre se mantenía estático en la distancia. De pronto Benicio sacó una escopeta corta de aspecto antiguo, la amartilló y empezó a alzarla hasta colocarla a la altura del pecho y justo cuando el hombre abrió la boca para decir algo, abrió fuego y cayó derribado. El estruendo fue enorme y camufló el fuerte gemido del hombre cuando la violencia del disparo vació el aire de sus pulmones. Se acercó hasta él y se quedó allí de pie hasta que se aseguró de que había dejado de respirar. Después siguió caminando por la calle hasta el pequeño hotel de la esquina, subió a la habitación y se sentó en la cama.

La bolsa estaba a sus pies, se inclinó y abrió la cremallera del compartimento lateral y sacó un bolígrafo negro. Sacó un billete de cincuenta euros de su bolsillo y lo sujetó con las dos manos frente a él. Había algo escrito a lo largo del billete, en la parte baja.

Le quitó la capucha al bolígrafo y lo tachó hasta que quedó ilegible. Encima de él había más nombres tachados. Le dio la vuelta al billete y vio que por la otra cara también estaban todos tachados. Entonces se levantó de la cama y fue hasta la ventana y la abrió, sacó de su bolsillo una caja de cerillas y encendió una, colocó el billete en la repisa exterior y puso la cerilla sobre el billete y cerró la ventana. Se tumbó en la cama y extendió su brazo y agarró la delgada cuerda de la lámpara, tiró de ella y se apagó.

## 2

Andrés levantó la cabeza de la almohada y le vio sentado en el extremo de la cama de al lado con la cabeza entre sus manos, sobre su gorro. Tiró de la cuerda de la lámpara y la luz frágil iluminó solo una parte de la habitación. Miró el reloj que estaba al lado de la lámpara en la mesita de noche con los ojos entrecerrados por culpa de la luz.

Las 03:33 de la noche.

Se levantó de la cama y se sentó en el borde frente a él y le agarró del brazo. La pequeña ventana era un agujero oscuro hacia la madrugada. Se desplazó por la cama hacia la mesita de noche y agarró la

pequeña libreta y el bolígrafo que estaban encima y volvió a sentarse en el mismo lugar. Con la mano que sujetaba el bolígrafo le acarició su hombro y luego puso las dos entre sus brazos para que pudiera coger las cosas.

— Antonio, ¿Qué te pasa?

Antonio levantó la cabeza y le miró a los ojos. Cogió la libreta y el bolígrafo y comenzó a escribir. Le entregó la libreta y él la orientó hacia la luz para poder leer.

— *No puedo seguir haciendo esto.*

Andrés se quedó mirándole pensativo.

— ¿Es por lo que pasó ayer?

Antonio asintió con la cabeza mientras Andrés le devolvía la libreta. Él volvió a empezar a escribir.

— *No puedo seguir haciendo como que no he visto nada. Eso no es lo que hace un hombre justo. Ellos eran más y ese hombre no podía defenderse, pero nadie nunca hace nada. Todo el mundo mira para otro lado y hace como que no lo ha visto, y esperan que la injusticia se resuelva sola. Eso es exactamente lo que hacen los cobardes y yo no quiero serlo, pero el miedo me detiene y para entonces ya es tarde. La injusticia ha sucedido y después llega la noche, y no puedo dormir, porque es imposible dormir cuando estás decepcionado contigo mismo.*

Andrés leía mientras Antonio agachaba la cabeza y miraba al suelo. Cuando acabó de leer le agarró de la mano.

— Sé muy bien cómo te sientes, pero no tiene sentido atormentarse. No puedes volver atrás y cambiarlo. Así que todo lo que puedes hacer es comprender que eres un hombre justo y bueno, pero que te equivocaste, y rectificar la próxima vez.

Antonio no levantó la mirada del suelo, pero asintió con la cabeza. Andrés se levantó sin soltarle la mano y tiró de él para que se pusiera de pie. Le abrazó y le pasó la mano por la espalda para consolarle, luego le soltó.



— ¿Vuelves a la cama?

Antonio miró el reloj y luego negó con la cabeza.

— No te atormentes tío, no lo hagas. —

Andrés se metió en la cama y Antonio le tapó con el edredón y apagó la luz, luego salió de la habitación y se sentó en el sillón a mirar por la ventana. Miraba el árbol que había enfrente. El único árbol que había. Era grande y no tenía ni una sola hoja. Todas las ramas estaban desnudas.

### 3

Antonio abrochó su abrigo y metió las manos en los bolsillos. Lo único que llevaba al descubierto era la cara. Llevaba puesto su gorro negro y el abrigo le cubría el cuello hasta la barbilla. De largo era casi hasta las rodillas. Andrés cerraba la puerta de la casa, la de abajo, mientras acariciaba su barba corta y despejaba sus ojos del sueño. Empezaron a caminar a las seis de la mañana, cuando todavía el Sol no había salido. A lo lejos se veían en el cielo los primeros hilos de luz. La calle tenía un muro a cada lado y los dos estaban completamente llenos de grafitis iluminados por la luz blanca de los faroles de pared. Los muros eran muy extensos, pero no había sitio para un solo grafiti más, por lo que, cada cierto tiempo, algunos habían desaparecido y se había pintado otro encima. Antonio y Andrés caminaban atentos para ver los nuevos y cuando pasaron por al lado de los cubos de basura, varios gatos salieron corriendo y se metieron debajo de los coches. Después de los muros

había una zona abierta. A la derecha había un parque a media distancia, oscuro por la madrugada, y un bloque de edificios con soportales. En el interior de un portal de los soportales se veían las piernas de un sintecho, y del interior del portal salió una revista rotando en el aire que fue a parar justo en el centro de la fogata que había a sus pies. A la izquierda había un puente a lo lejos, por donde pasaba el río cuando había agua. Ahora había un grupo de jóvenes debajo y desde la distancia se veía el punto rojo diminuto de sus cigarrillos. Ahí se reunían para drogarse. Después de pasar por ahí, pasaron por el parque en el que había un hombre sentado en un banco, tapado con una manta vieja y hablando y riéndose solo. De vez en cuando guardaba silencio y luego se giraba para gritar a alguien que él creía que le perseguía, pero detrás no había nadie.

Siguieron caminando hasta la calle que corta las vías del tren y giraron. Tenían que cruzar las vías para ir al trabajo. Debajo de las escaleras del puente que cruza las vías había una chica. Andrés no la vio, pero Antonio la señaló y fueron hasta ahí. La chica estaba recogida sobre sí misma y lloraba.

— ¿Qué te pasa? — Preguntó Andrés.

La chica levantó la cabeza.

— Tengo frío. — Dijo ella temblando. Lloraba y le temblaban mucho las manos. Llevaba puesta solo una camisa.

Los chicos se miraron. No hicieron preguntas. Antonio desabrochó la cremallera de su abrigo y se lo quitó y levantó a la chica. Se lo pasó por la espalda y la ayudó a meter los brazos en las mangas, se lo abrochó y le metió las manos en los bolsillos, le puso la capucha y luego metió las manos dentro para limpiarle las lágrimas. La chica había parado de llorar y le miraba a los ojos. Era un poco más joven que ellos. Todavía menor de edad.

Antonio sacó del bolsillo de su pantalón la libreta y el bolígrafo. Escribió y se la enseñó.

— *¿Tienes a dónde ir?*

La chica asintió ligeramente con la cabeza. Entonces los chicos se giraron y se fueron.

Benicio caminaba bajo el Sol débil de la mañana. Eran las 12:45. Iba fijándose en el aspecto peculiar de los edificios del norte de España. Se detuvo de golpe y se quedó mirando fijamente la iglesia que destacaba entre los edificios a lo lejos. Luego cambió de dirección y se dirigió hacia allí. Las puertas estaban abiertas, pero no había nadie. Se quedó mirando la decoración y dio un paseo por el interior. Luego comenzó a subir por las escaleras de la torre del campanario y a media altura vio la puerta entreabierta de una habitación. La empujó con el antebrazo y luego la cerró. Recorrió la habitación con la mirada. Encima de la mesa había una cesta de mimbre llena de monedas y con algunos billetes. Puso la bolsa de deporte encima de la silla y él se sentó en la otra. Empezó a coger los billetes de la cesta y a contarlos. Noventa euros. Abrió la cremallera de la bolsa y justo cuando estaba metiendo el dinero alguien abrió la puerta.

Era un cura.

— ¿Pero qué está haciendo aquí? — Dijo casi gritando. Miró la cesta y vio que faltaban los billetes.

Benicio se giró con una pistola en la mano. Tenía al final del cañón un silenciador casi tan largo como el arma.

— Siéntate. — Dijo Benicio con un tono completamente relajado. No dejó de apuntarle con el arma.

Al cura se le borró de inmediato la cara de enfado y le invadió la seriedad. Se sentó en la silla que había al otro lado de la mesa después de cerrar la puerta. San Emeterio se levantó de la silla y fue al lado de un crucifijo que había en la pared, lo descolgó y volvió a sentarse. Los dos completamente en silencio. Era un crucifijo de madera con una figura de Cristo metálica. Dejó la pistola sobre sus piernas y sacó de su bolsa unos alicates. Con ellos hizo palanca entre la figura metálica y la cruz de madera. Arrancó la cruz que cayó al suelo y se quedó con la figura de metal en la mano. Sus manos eran fuertes y se marcaban las venas cuando apretaba los alicates. Levantó la mirada y miró a los ojos al cura, que le miraba completamente aterrorizado. Entonces Benicio comenzó a doblar los brazos de la figura de metal que estaba en posición de cruz con ayuda de los alicates. Le dobló los dos brazos hacia abajo como si quisiera que pareciera una persona normal, pero los brazos quedaron doblados de forma antinatural y deforme.

Lanzó la figura encima de la mesa y rebotó hasta ponerse frente al cura. El cura miró la figura deformada.

— ¿Tienes idea de a cuánta gente estás engañando? — Dijo San Emeterio mirándole fijamente.

Él levantó la mirada hacia los ojos de Benicio y luego la apartó enseguida. Le resultaba muy intimidante. Había abierto la boca, pero volvió a cerrarla sin decir nada. Pensó que si no le llevaba la contraria en nada podría salvarse.

— ¿De quién es ese dinero?

— De la gente — Contestó el cura tímidamente.

— ¿Y qué está haciendo en tu mesa?

No se atrevió a dar ninguna respuesta, solo miraba el torso ancho de Benicio y sus manos fuertes que reposaban sobre el arma y apartaba la vista hacia sus propias piernas. Tenía el pulso acelerado y no podía controlar su respiración. Miraba la figura deformada y pensaba en la facilidad con la que había doblado el metal macizo. No podía soportar la presión del silencio así que decidió hablar.

— Llévese el dinero si quiere.

— Esto no tiene nada que ver con el dinero. — Respondió Benicio. No apartaba la vista de sus ojos.

El hombre no podía soportar la presión. Era muy consciente de lo que estaba ocurriendo. Empezó a hacer el ruido que hace alguien cuando intenta contener el llanto. Levantó la cabeza y cruzó la mirada con él. Con lágrimas en los ojos y la voz rasgada dijo:

— ¿Qué puedo hacer ahora?

Benicio negaba con la cabeza lentamente.

— Son las consecuencias para los hombres sin moral.

El hombre soltó todo el aire de sus pulmones mientras agachaba la cabeza. Estaba rendido.

Benicio disparó tan rápido como pudo. No tenía ningún interés en que sufriera. Recogió el casquillo, sacó un pañuelo de tela y limpio las huellas de los objetos que había tocado, la figura metálica y el pomo de la puerta. Se fue.

## 4

El cielo era gris en Madrid y los chicos caminaban de vuelta a casa. Hacía casi tanto frío como por la mañana. El viento había empezado a soplar y aunque no lo hacía con fuerza, el aire era muy frío al contacto con la piel. Antonio caminaba con la cabeza gacha para que el viento diera de frente contra su gorro. La sudadera no era suficiente, pero tenía bolsillos a los lados donde esconder las manos.

Andrés iba con la cabeza alta. Le gustaba la sensación del aire frío contra su barba. Él hablaba y Antonio iba escuchando.

— ...Así que no sé muy bien cómo ha muerto ni cómo era, pero era alguien importante para él así que esta tarde iremos a su casa. Hace unos días estuvimos los chicos y yo y nos dijo que necesitaba estar sol... — Antonio le interrumpió cuando frenó de golpe en medio de la acera y puso el brazo contra él impidiéndole avanzar.

Se agachó de rodillas y después lo hizo Andrés. Había un gatito negro tumbado encima de la acera. Habían estado a punto de pisarlo. Era un gato pequeño todavía, completamente negro y con los ojos azules.

Parecía que estaba muerto. Antonio puso el reverso de la mano sobre su pecho y sintió su respiración y los latidos de su corazón, que eran muy rápidos. El gato levantó la cabeza del suelo un poco. Parecía muy débil. Andrés empezó a mirar hacia el suelo en todas direcciones y por debajo de los coches.

— ¿Dónde estará su madre? — Dijo mientras la buscaba.

Antonio acarició al gato y cuando intentaba maullar, casi no podía. Lo cogió del suelo con mucho cuidado y lo metieron en el bolsillo de la chaqueta de Andrés para que entrara en calor. Se marcharon.

Andrés había acabado de comer. El plato de Antonio reposaba sobre la mesa, intacto. Ya se había enfriado.

Antonio estaba en el sillón que estaba frente a la ventana. Había utilizado un trozo de la manta con la que estaba tapado para envolver al gato y lo tenía cogido tumbado sobre su antebrazo, como un bebé.

Habían comprado un biberón y leche en polvo de camino a casa y ahora se lo estaba dando. El gato se agarraba al biberón con las patas delanteras y bebía la leche caliente con los ojos cerrados.

Antonio llevaba un abrigo gris. Caminaba solo por la calle mirando al suelo. Andrés había ido a la casa de una amiga suya que era veterinaria. Se habían separado en la puerta de la casa y se había llevado al gato metido en el bolsillo. En un bolsillo interior había metido el biberón. Le dijo que iría a recogerle cuando volviera de hablar con ella y que le esperase allí.

Antonio caminó hasta el portal del bloque de pisos y empujó la puerta que estaba rota. Subió por las escaleras y llamó a la puerta con los nudillos de los dedos.

— ¿Quién es? — Se oyó del interior, tras la puerta.

Antonio volvió a golpear la puerta con los nudillos haciendo el mismo sonido que antes.

— ¿Antonio?

Dio un solo golpe más en la puerta.

— Voy.

Abrió la puerta un hombre anciano. Antonio le cogió por el hombro y con la otra mano le entregó la libreta, que ya estaba abierta.

— *Siento mucho lo de tu amigo.*

Le abrazó en la entrada y luego pasó y se sentaron dentro. Encima de la mesa había una foto en la que salía él junto a un hombre. Le dio la vuelta y la puso encima de la mesita, al lado del sofá.

— ¿Y cómo estás tú, Antonio?

— *Estoy bien, Lorenzo. Quería hablar contigo sobre algo.*

Lorenzo acabó de leer y le devolvió la libreta.

— *¿Recuerdas cómo nos conocimos?*

— No lo recuerdo bien, fue hace mucho tiempo.

— *Nos conocimos la noche que íbamos a pelearnos con esos chicos que robaron en el barrio. Había allí cerca de 20 personas y tú apareciste de la nada y te pusiste en el medio. Todo el mundo se quedó mirándote y tú nos mirabas a todos con tu cara de enfado. Entonces dijiste: “Estáis todos llenos de odio, por eso os sentís vacíos.” Todo el mundo se marchó a casa. Aquella noche nadie le hizo daño a nadie.*

Se le escapó una sonrisa cuando acabó de leerlo.

— Ya ni si quiera me acordaba de eso. Fue hace muchos años...

Antonio movió la cabeza de arriba abajo. Lorenzo se quedó en silencio durante un buen rato. Fue un silencio largo. Después Antonio lanzó la libreta encima de la mesa.



— *¿Cómo se deja de tener miedo?*

Lorenzo agarró la libreta y se quedó pensativo un momento.

— El miedo no se deja de tener. El miedo no desaparece. No es así como funciona. Hay mucha gente que dice que no tiene miedo a nada y piensan que eso significa ser valiente. No saben de lo que hablan. Valiente significa tener miedo y aun así hacerlo. Y la única forma para dejar de temer es enfrentarte a tu miedo hasta vencerlo. No creo que exista nadie que no le tema a nada, y si existiera, yo sentiría por él más lástima que por ninguna otra persona en cualquier otra situación, porque estaría completamente estancado. El miedo es lo único en la vida que nos da la oportunidad de superarnos.

— *¿Todos los miedos pueden superarse?*

— Todos. Esa es su razón de existir. No tienes nada de lo que preocuparte.

De pronto sonó el timbre de la casa. Antonio se asomó por la ventana y vio a Andrés abajo.

— *Tengo que irme ahora. ¿Vendrás a vernos luego?*

— Quizá me pase luego, Antonio. Gracias por venir a verme.

— *Gracias por todo, Lorenzo, y lo siento.*

Se dieron un abrazo breve y salió.

## 5

La luz del Sol asomaba entre las nubes a esa hora de la tarde. A veces era visible, y otras, las nubes grises se interponían y oscurecían toda la calle. Los chicos iban en fila, uno detrás del otro, con una tabla bajo el brazo. Entre los dos sostenían la tabla que era larga y tenía una rueda anclada en cada una de las 4 esquinas. Antonio sabía que iban a transportar algo con ella, pero no sabía el qué. Andrés le había dicho que era una sorpresa. Después de un buen rato caminando y girando entre las calles llegaron al sitio.

— Apóyala en la pared.

Entre los dos apoyaron la tabla contra la pared. Entonces Andrés puso las manos en lo alto del muro y saltó por encima. Luego fue Antonio. En el otro lado había algo cubierto por una lona de plástico azul. Andrés le hizo un gesto para que tirara de la lona y lo hizo. Debajo había un piano de aspecto antiguo con la madera rayada y las teclas con pequeñas grietas. El rostro de Antonio se iluminó al verlo. Chocó la mano con Andrés y luego le dio un abrazo. Se acercó al piano para verlo de cerca. Estaba todo cubierto de polvo. Tocó algunas teclas y las hizo sonar.

Andrés pensaba en la manera de pasarlo al otro lado de los muros sin que se rompiera. Fijó su vista en las ramas de los árboles del otro lado, pensó que con varias ramas podrían amortiguarlo. Saltó por encima y cuando se dirigía hacia los árboles vio un colchón apoyado contra los contenedores de basura a lo lejos. Fue hasta allí y lo trajo de vuelta, lo puso en el suelo y volvió a saltar el muro. Entre los dos consiguieron subirlo hasta apoyar la base en lo alto del muro. Antonio lo sujetó mientras Andrés saltaba y después lo sujetó él para que Antonio saltase. Haciendo fuerza entre los dos lo bajaron sobre el colchón. Lo pusieron sobre la tabla con ruedas y lo empujaron por la calle. Llevaron el colchón a los contenedores de basura de al lado y luego siguieron empujando el piano por el medio de la carretera. Andrés tuvo que ponerse delante para impedir que la dirección se torciera continuamente.

A mitad de camino vieron a una chica que caminaba cojeando, llevaba un bastón en la mano que le ayudaba a caminar. Era joven y vestía un jersey blanco. Se le había caído algo al suelo y no era capaz de recogerlo. Andrés paró el piano y fue hasta donde estaba ella. Se le había caído algo parecido a un pequeño libro envuelto en papel de regalo. Lo recogió del suelo y se lo dio a la chica. Luego siguieron empujando el piano.

Llegaron a la fábrica abandonada y lo subieron a la acera. La entrada de la fábrica eran dos portones de madera abiertos hacia fuera. Inmediatamente después de la entrada había un pequeño muro que había que rodear por uno de los lados para poder pasar. Los chicos lo rodearon empujando el piano y fueron hasta donde estaban todos los demás, en la esquina del final. El grupo había ocupado la fábrica algunos años después de que quedara abandonada. Cuando entraron por primera vez todos los cristales de las ventanas de arriba habían sido reventados desde fuera con piedras. Las paredes y el suelo estaban en mal estado, pero entre todos lo reformaron con el paso del tiempo. Habían puesto láminas de plástico blanco en el lugar de los cristales para que no pasara el aire ni la lluvia. Habían lijado la pintura seca de la pared y limpiado el suelo, y habían llenado todo el espacio con cosas que encontraban en la basura o en la calle. A un lado de la fábrica tenían un coche negro que había sido abandonado. Tuvieron que ponerlo a dos ruedas para pasarlo entre la entrada y el muro interior. Eran 8 chicos contando a Antonio y Andrés. El coche tenía las ruedas desinfladas y el motor no arrancaba, pero lo habían limpiado hasta dejarlo impecable y se podían sentar en los asientos o dormir en ellos. En el centro de la pared más larga había un mural de un hombre encapuchado con la cara ensombrecida que estaba hecho con espray. Tras el coche habían hecho una pequeña pista de fútbol a lo ancho con pequeñas porterías a los lados. Al otro lado de la fábrica es donde solían sentarse. Tenían una gran mesa y sofás y sillones alrededor de ella. Unos metros atrás había una mesa de billar, y más o menos en el centro de la fábrica tenían un montón de ladrillos de piedra maciza apilados formando una pirámide. En invierno hacían un pequeño fuego en su interior para calentar los ladrillos y luego lo apagaban y se sentaban alrededor para calentarse.

Antonio y Andrés llevaron el piano al lado de la mesa, lo bajaron de la tabla y lo pusieron cerca de la pared. En la mesa había sentados dos chicos. Uno de ellos tenía unas rastas que llevaba recogidas en una coleta. Andrés le había dejado el gato para que lo cuidase. Le había dado de comer y le estaba

acariciando. El gato estaba encima de la mesa y parecía que empezaba a recuperarse. Había otros dos chicos al otro lado de la fábrica tirando a la canasta de baloncesto que estaba colgada en la pared. Andrés se sentó a la mesa a hablar con los chicos. Antonio arrastró un sillón hasta ponerlo en frente del piano y se sentó. Empezó a comprobar todas las teclas. Casi todas sonaban correctamente excepto unas pocas que no sonaban como deberían. Entonces comenzó a tocar y al cabo de unos segundos todos se quedaron en silencio. Los chicos que jugaban al baloncesto en el otro lado pararon y se giraron para verle tocar hasta que de pronto, el otro chico que estaba sentado a la mesa agarró la escopeta de perdigones que estaba colgada a su lado, en la pared y apuntó al ratón que estaba detenido al lado del rodapié del lado contrario. Disparó contra él y el perdigón impactó contra la madera. El ratón salió corriendo y se metió en el agujero.

## 6

Benicio estaba sentado en el medio del pasillo a oscuras. Había cogido una silla de la cocina y la había puesto en medio del pasillo, y se había sentado en ella hasta que oscureció por completo. La escopeta reposaba sobre sus piernas y la bolsa de deporte estaba a su lado, sobre el suelo. Había comprobado el cargador de la pistola y la caja de munición de 9 milímetros. No quedaba ni una sola bala.

Todo estaba en completo silencio hasta que, de repente, el sonido leve de la cerradura recorrió el pasillo.

Alzó el arma lentamente con una sola mano y en completo silencio. La puerta se abrió y la señora mayor que estaba tras ella no tuvo tiempo de reaccionar. Benicio abrió fuego al instante. El sonido de la explosión rebotó con fuerza contra las paredes. El disparo provocó un destello de luz que iluminó todo el pasillo por un instante y la mujer cayó derribada al momento. Benicio se levantó de la silla y se puso detrás de la puerta mirando a los ojos a la señora, que perdía toda la fuerza en sus últimos momentos de vida.

— ¿Te arrepientes? — Preguntó él, con total tranquilidad.

No hubo ninguna respuesta. Recogió el cartucho y la bolsa y salió por la parte de atrás rápidamente.

Ya se encontraba muy lejos de la casa. La brisa era suave en la calle y las sirenas de los coches de policía se escuchaban en la distancia cuando se detuvo en una cabina telefónica. Sacó un billete de veinte euros y recorrió con la mirada los nombres que estaban apuntados. Sacó el bolígrafo y tachó el de la mujer. Luego buscó entre los nombres de la otra cara. Al lado de uno de ellos había un número de teléfono. Lo marcó en la cabina y se quedó escuchando el tono de espera hasta que la voz de un hombre sonó del otro lado de la línea.

— ¿Sí? — Se oyó.

— ¿Sabes quién soy?

Hubo un breve momento de silencio.

— Más o menos.

— Sé dónde estás.

— Si lo supieras ya me tendrías.

— Tienes que venir a verme, con el dinero. No puedes escaparte. No puedes esconderte. No puedes.

El hombre cogió aire y lo soltó. Intentaba parecer cansado.

— No sé muy bien si es inútil intentar hablar con un psicópata y esperar que lo entienda, pero voy a intentarlo de todos modos. He hablado con gente a la que tu seguías y que ahora están muertos, y todos decían lo mismo, que eres como un fantasma. Así que, de fantasma a fantasma, vigila tu espalda.

El hombre colgó y Benicio se quedó con el teléfono en la mano mientras sonaba el tono de fin de llamada a través del auricular, sobre su oído.

# 7

Había pasado una semana. El hombre detuvo el vehículo en el medio del camino. Apagó las luces y el motor y se quedó observando la casa solitaria que estaba a lo lejos. Estaba en medio del campo completamente a oscuras con todas las luces apagadas y las persianas bajadas. Bajó del coche y fue caminando hacia ella a través de la tierra. Al llegar sacó las llaves del bolsillo e hizo girar dos veces la cerradura para abrir la puerta. Accionó el interruptor de la entrada que debería haber iluminado el pasillo, pero no lo hizo. Fue al cuarto de baño y accionó su interruptor de luz. Tampoco funcionaba. Fue caminando a través del pasillo prácticamente a oscuras, entró en el salón y se dirigió al cuadro eléctrico. Entonces la puerta se cerró tras él y la luz se hizo iluminando todo el salón. Se giró rápidamente y vio a Benicio con su gesto serio y su arma en dirección a su cuerpo. A su lado había un plato hondo con dos bombillas en el interior.

— Pon tu arma encima de la mesa. —Ordenó San Emeterio con su habitual tono relajado.

El hombre obedeció sin vacilar. Benicio señaló con el arma el sillón que tenía detrás. El hombre se sentó y él fue al sillón que había en frente.

— Te dije que no podías esconderte. — Dijo Benicio.

— No te precipites. — Contestó el hombre.

— ¿Qué no me precipite? ¿Qué no me precipite con qué?

— Con la muerte. La muerte no es necesaria.

— ¿No es necesaria?

— No, no lo es. Podemos llegar a un trato.

— No... No podemos. — Dijo Benicio con una media sonrisa.

— Si podemos.

— No...

— Si.

— No... — Repitió meneando la cabeza lentamente.

— Si.

San Emeterio guardó silencio durante un momento. Luego cerró la discusión con un rotundo “No”. Parecía todavía más serio de lo habitual.

— Te diré dónde está el dinero. Puedes quedártelo todo. — Dijo el hombre.

— Veo que no lo entiendes.

El hombre se quedó callado. Le miró de arriba abajo. Su cuerpo estaba hundido en el asiento del sillón por culpa de su peso. Miraba sus enormes brazos, sus manos tan robustas, su ropa, su torso que era casi tan ancho como el respaldo y su mirada fría.

— ¿Es eso lo que haces? ¿Disfrutas con la desesperación en su espera y luego les matas?  
— Preguntó el hombre.

— Puedes elegir el momento en el que deseas morir, pero no puedes elegir salvarte.

— ¿Por qué quieres matarme? ¿Qué vas a conseguir con ello?

— Yo no quiero matarte, pero tengo que hacerlo. Has perdido los valores y hay que sacrificarte.

— Puedo recuperarlos.

— No, no puedes.



— Si puedo.

— No...

— Si.

— No...

— Si.

Benicio se quedó callado.

— ¿Por qué no quieres llegar a un acuerdo? — Preguntó el hombre.

— No puedes hacer tratos conmigo. Tú no puedes entenderlo. Para ti no hay nada por encima del dinero. Es lo que debiste plantearte hace mucho tiempo, cuánto vales tú y cuánto vale el dinero, para que no suceda esto, pero no lo hiciste.

El hombre empezaba a sentirse arrinconado. Se había quedado sin opciones. Le miraba la mano que reposaba sobre la escopeta y a los ojos. Había descartado por completo la opción de buscar la compasión por su parte.

— No puedo comprenderlo... — Dijo.

— Todo lo que has hecho en tu vida, desde que respiras, tenía consecuencias, pero tú no lo sabías hasta hoy. Esto es lo que hago. Persigo a las personas sin moral.

— No merezco esto. No lo merezco de esta manera.

— Si pudieras elegir lo que mereces, entonces serías el dueño de la justicia.

El hombre inclinó el torso hacia delante y puso la cabeza entre sus manos. Dejó escapar todo el aire. Su postura reflejaba la sensación de agobio. Sabía que la muerte era inevitable pero una parte de él se negaba a creerlo.

— ¿No hay nada que pueda hacer? — Preguntó.

— Puedes elegir cuando.

— No estoy preparado para morir. No puedo decidirlo.

— Entonces lo elegiré yo.

El hombre afirmó con la cabeza mientras cerraba los ojos. Benicio alzó la escopeta y disparó contra su cabeza. Murió al instante. Sacó del bolsillo del hombre las llaves del coche, fue caminando hasta él y se subió. Tachó su nombre. Arrancó el motor y encendió las luces que iluminaron todo el terreno y la parte baja de la casa. Se fue.

## 8

Unos días atrás, Antonio se encontraba con Leticia en la habitación. Ella estaba tumbada en la cama de Antonio y él encima de ella. Él la acariciaba y le daba besos en la cara. Ella estaba seria y callada.

— Tengo que hablar contigo. — Dijo ella. Se levantaron y se sentaron a un lado de la cama. — Creo que deberíamos dejar de salir juntos.

Antonio la miró con los ojos bien abiertos, como si no entendiera nada.

— Dios... Esto es tan difícil. — Continuó ella. — Todavía siento algo por ti, pero es muy difícil estar con un chico que no habla. Lo siento mucho, Antonio.

Después de eso cogió la libreta y el bolígrafo de la mesita y se los acercó a Antonio para que pudiera responderle. Él los cogió mientras se levantaba, los metió en su bolsillo y salió de la habitación cerrando la puerta. Después se escuchó la puerta de la casa cerrarse. Salió de la habitación. Andrés estaba sentado a la mesa. Se volvió para mirarla.

— ¿A dónde ha ido? — Preguntó ella.

— No le vas a encontrar. ¿Puedo decirte algo? — Dijo mientras empujaba la silla del otro lado de la mesa con la pierna, sacándola fuera. Ella se sentó en la silla.

— Ese chico es mi mejor amigo. En realidad, es todo lo que tengo. No te voy a contar todo por lo que hemos pasado juntos pero ese chico me dio las llaves de su casa cuando murió mi padre y me quedé en la calle. Sé que esto del amor es distinto, pero tú no tienes ningún derecho a hacerle daño. Ni tu ni nadie. Y solo quería que supieras lo afortunada que eres, de verdad que lo eres, porque si fueras un hombre, y el daño fuera físico, entonces tendrías el problema más serio que has tenido en tu vida. Te acompañó a la puerta. — Su voz había empezado a sonar rasgada hacia el final y las lágrimas empaparon sus ojos hasta hacerlos brillar. La acompañó hasta la puerta y la cerró tras ella.

Ahora Antonio caminaba hacia la casa de Leticia para devolverle su dinero. Ciento veinte euros que le había prestado unos meses atrás. Era de madrugada y las calles estaban vacías. Llevaba caminando unos veinte minutos y todavía le quedaba un poco para llegar. Algo le hizo girar la cabeza y detenerse. Era la voz de una mujer.

— ¡No, por favor! ¡por favor!

Antonio se acercó unos metros y volvió a detenerse. Estaba sucediendo a solo unas decenas de metros de él. Había cuatro chicos sujetando a la mujer. La habían tirado al suelo. Vio como le arrebatában el bolso por la fuerza y se iban corriendo. Él se había quedado totalmente paralizado. El corazón le golpeaba con tanta fuerza que podía oírlo. Veía como los chicos se marchaban por la calle delante de él y no podía hacer nada. El miedo le hacía respirar como si se estuviera ahogando. Entonces cerró los puños con fuerza y salió corriendo todo lo rápido que pudo. El chico que llevaba el bolso iba el último y todos iban corriendo no muy deprisa. Antonio le sujetó de la chaqueta y le empotró contra el muro, le dio un puñetazo con todas sus fuerzas y entonces la cabeza del chico rebotó contra el muro tan fuerte que se desmayó, y mientras caía al suelo le dio otro puñetazo que sonó contra su cabeza por toda la calle. Recuperó el bolso y entonces otro chico vino corriendo hacia él, muy rápido. Antonio le dio una patada en la parte baja de las piernas que hizo que las zapatillas patinaran sobre el asfalto y cayera sobre su espalda. Cuando Antonio se quiso dar cuenta, ya había sido derribado también y estaba recibiendo patadas en el suelo mientras el otro chico le arrastraba por toda la carretera. Le había agarrado del abrigo y le arrastraba para que no pudiera levantarse. Él

se cubría la cara con los brazos sin soltar el bolso. Había sacado un brazo de la manga del abrigo y cuando el chico que le arrastraba dio otro tirón, se lo sacó por completo. Entonces trató de levantarse, pero uno de ellos le dio un puñetazo en la boca que le mandó de vuelta al suelo. Sintió el sabor de la sangre en su boca, trataba de escapar de ellos, pero no podía. Le agarraron de la sudadera y tiraron de él hasta que se la arrancaron del cuerpo. Miró a la esquina mientras estaba en el suelo y vio que la chica había desaparecido. Estaba solo. Escupió la sangre y encajó la última patada en la espalda, giró sobre sí mismo en el suelo hacia el lado que habían dejado libre y se levantó rápidamente, salió corriendo con el bolso en la mano y de un salto puso un pie en lo alto del muro y pasó al otro lado. Los chicos intentaron seguirle y él corrió entre las calles hasta que dejó de oír sus gritos. Cuando se sintió a salvo paró y se puso a descansar contra la pared. Después de recuperar el aliento volvió a ponerse erguido. Miró en los bolsillos de su pantalón. Aún conservaba el dinero de Leticia, las llaves, y también conservaba su libreta, pero no el bolígrafo. Le habían arrancado casi toda la ropa. Llevaba una camiseta de tirantes que habían dado de sí y solo conservaba una zapatilla. No podía caminar bien por la diferencia de altura entre las dos piernas así que se la quitó, miró atrás y vio que nadie le seguía, aun así, no dejó la zapatilla en el suelo, sino que la lanzó por encima de la azotea de un edificio. Comprobó si le sangraba la cara o la cabeza pasándose por encima las manos y luego mirándolas. Se pasó las manos por la cara y por la cabeza, por dentro del gorro, luego se comprobó los brazos y las piernas. Tenía algunos rasguños y heridas por los brazos que sangraban, pero no lo consideró grave. Empezó a caminar de vuelta a casa con el bolso en la mano. La noche era oscura y fría. Solo llevaba un par de minutos caminando cuando los dedos de las manos se le habían agarrotado por completo. Era incapaz de moverlos con rapidez y el pelo de sus brazos se había erizado. No podía caminar deprisa yendo descalzo y sentía el suelo congelado a través de sus calcetines. Siguió caminando hasta los cubos de basura y se detuvo para buscar algo con lo que taparse. Abrió la tapa de uno de los cubos y luego la del otro. No había absolutamente nada. En el suelo había un pedazo de cartón, pero no era lo suficientemente grande como para taparse con él. Lo cogió y se sentó en el bordillo al lado de los cubos. Se quitó los calcetines. Tenía los pies congelados. Rajó el cartón en dos trozos y los dobló formando dos planchas gruesas. Se las puso entre el pie y el calcetín para no tener que pisar el suelo descalzo. Se puso en pie y siguió caminando. La temperatura era la más baja a esa hora de la madrugada. Le quedaba un largo camino hasta llegar a casa y ya había empezado a temblar. Después de un rato caminando empezó a respirar con dificultad y entonces fue cuando empezó a sentir el dolor en el pecho. Sentía como si el aire congelado le rajara por dentro cada vez que respiraba. El dolor era muy fuerte en el pecho, las manos y en las piernas. Empezó a caminar todavía más despacio, con la cabeza agachada, los brazos cruzados y recogido sobre sí mismo. Caminaba por el medio de una calle estrecha buscando algún sitio donde pudiera refugiarse. Siguió caminando y de pronto empezó a oír la voz de dos chicas a lo lejos.

— ...tú no te acerques a él. Ponte detrás de mí.

— Ten cuidado, por favor...

Antonio levantó un poco la mirada hasta poder verlas. Las vio a lo lejos, caminando en sentido contrario al suyo, a lo largo de la calle estrecha. Se puso a un lado de la calle, caminando pegado a

la pared para dejarlas paso. No quería asustarlas. La calle era larga y parecían muy pequeños si se les veía desde el principio. Las chicas llegaron a su altura hasta cruzarse con él. Caminaban por la acera contraria y se detuvieron justo antes de pasarle y entonces él se detuvo al darse cuenta y levantó la cabeza. Desde el principio de la calle se les veía a los tres parados, y cómo ellas le miraban de arriba abajo. Ellas estaban distanciadas de él, pero se acercaron.

— ¿Estás herido? — Preguntó la más pequeña de ellas.

Antonio negó con la cabeza agachada. Seguía recogido sobre sí mismo.

— Dios mío, está temblando. Se va a morir de frío si no hacemos algo. — Añadió la pequeña.

La mayor se quitó el abrigo corriendo y se lo puso por encima y él lo agarró por los extremos como si fuera una manta. Le estaba pequeño, pero cubría la mayor parte de su torso.

— ¿Quieres venir con nosotras? Vivimos aquí al lado.

Antonio afirmó con la cabeza y empezaron a andar. Ellas caminaron a su lado adaptándose a su ritmo. No podía caminar más rápido.

— ¿De dónde has sacado ese bolso? — Preguntó la pequeña.

— ¡Alicia! — Dijo la mayor casi al instante. — No hagas preguntas...

Llegaron a la casa y le llevaron al salón. Le sentaron en un sillón y le taparon con el abrigo de la chica.

— Ahora vuelvo. Te traeré un par de mantas. — Dijo la mayor.

Las dos salieron del salón y le dejaron solo. La pequeña cerró la puerta al salir. Al cabo de un rato Antonio empezó a respirar con normalidad y dejó de temblar. Estaba empezando a entrar en calor. Entonces empezó a escuchar cómo alguien murmuraba detrás de la puerta, en el pasillo. Al principio no podía entender lo que decían, pero poco a poco fueron subiendo el tono sin darse cuenta hasta que empezó a escuchar perfectamente lo que susurraban.

— ...estaba a punto de sufrir una hipotermia, por eso le he traído. Iba casi desnudo.

— ¡Eres una irresponsable! No sabemos quién es. No sabemos si es violento o si es peligroso. ¿Cómo vamos a sacarle ahora si se pone violento? — Dijo otra chica. Parecía que era la mayor de todas por su voz.

— ¿Y de donde habrá sacado el bolso? — Dijo otra chica. En total se escuchaban cuatro voces distintas, las de las dos chicas que le trajeron y otras dos.

— A lo mejor lo ha robado. — Dijo la pequeña.

— Pues claro que lo ha robado. ¿Qué hace un chico con un bolso a las dos de la madrugada? Por favor, Claudia... ¿Cómo se te ha ocurrido traerle? — Dijo la más mayor de todas.

— Dejar que se cayera al suelo de frío y le encontraran muerto por la mañana era lo correcto, ¿verdad? — Dijo la mayor.

Después empezaron a discutir entre ellas y fue imposible distinguir lo que decían. Al cabo de un rato acabó la discusión. Todas se quedaron calladas y entonces una de las chicas abrió la puerta del salón y se quedó asomada a la entrada. Era la más mayor de todas las chicas.

— Lo siento, cielo, tienes que irte. — Dijo.

Se volvió al pasillo y Antonio se puso en pie y fue hasta la puerta del salón. Había tres chicas ocupando el pasillo. La otra estaba tras la esquina de las escaleras. No podía verla. La más mayor estaba al lado de la puerta de casa. La mayor estaba a la izquierda y la pequeña a la derecha. Todas miraron sus pies descalzos.

— ¿Cómo te llamas? — Preguntó la mayor.

Antonio sacó su libreta del bolsillo y la abrió por la primera página y se la entregó a la chica.

— *Mi nombre es Antonio y soy mudo.*

— ¡Es mudo! — Dijo ella.

— ¿En serio? — Preguntó la pequeña.

— Vamos Claudia, devuélvele su libreta. — Dijo la más mayor mientras ponía una mano encima del pomo de la puerta de la calle.

— Por favor... — Suplicó Claudia.

Antonio había tendido su mano y esperaba a que la chica le devolviera su libreta, pero de pronto vio algo en el trastero e intentó dirigirse hacia allí, pero las chicas le detuvieron y le sujetaron. Él señaló con el brazo y la más mayor vino a ponerse frente a él para sujetarle e impedirle el paso. Antonio señalaba y hacía fuerza para que le dejaran ir hacia el trastero. Las chicas le sujetaban por los brazos y le bloqueaban el paso.

— ¿Qué quieres?

Él hizo un gesto con la mano para que le trajeran un bolígrafo. Miraba a las chicas y luego les señalaba el trastero. Dio un paso haciendo fuerza y entonces todas se pusieron muy nerviosas.

— ¡¿Qué es lo que quiere?!

— ¡Sujetadle!

Entre las tres le sujetaron por los brazos con fuerza y él trataba de decirles lo que quería sin ningún éxito. Empezaron a forcejear con él y a alzar la voz.

— ¡Trae un cuchillo! ¡Corre! — Dijo la mayor de todas.

Empezaron a gritarle y entonces la chica tras la esquina salió hacia la cocina a por un cuchillo, pero se detuvo nada más verle.

— ¡Quiere su abrigo! — Dijo sin que la escucharan por culpa de los gritos. — ¡Quiere su abrigo! — repitió gritando más alto.

Entonces todas las chicas le soltaron y se quedaron mirándole. Él miraba a la otra chica. Era la chica de las escaleras del tren. Había visto su abrigo en el perchero del pequeño trastero y lo había reconocido por el hilo amarillo que tenía cosido en uno de los costados traseros. Fue hasta el trastero

y soltó el bolso en el suelo, se lo puso, lo abrochó hasta arriba y volvió a agarrar el bolso y alzó el brazo para que la chica le devolviera su libreta. Ella se la dio. Todas le miraban sorprendidas. Él se dirigió a la puerta de la calle, pero entonces la chica de las escaleras del tren se interpuso entre la entrada y él y le abrazó haciendo fuerza en el sentido contrario para que no se fuera. Antonio alzó el brazo hacia el pomo de la puerta, pero la chica se lo agarró y lo bajó impidiéndole agarrar el pomo. Todas se quedaron mirando a la chica más mayor.

— No sabía que era él... — Dijo ella. — Traed el edredón de mi cama. Llévale al salón.

Le llevaron de vuelta al salón y le pusieron en el sillón, le quitaron el abrigo, le taparon con el edredón y la más mayor puso un poco de agua a calentar y la metió en un cubo. Antonio se quitó los calcetines que estaban negros por la parte de abajo y se remangó un poco los pantalones. Metió los pies en el cubo con agua caliente y como sus pies estaban congelados le dio la sensación de que el agua estaba ardiendo. Los metió poco a poco y se quedó ahí reclinado sobre el sillón con los ojos cerrados durante unos minutos. Las chicas estaban ahí hablando entre ellas, pero él no prestaba atención. Solo quería sentir el calor volviendo a su cuerpo.

Cuando abrió los ojos solo quedaba junto a él la segunda chica más mayor, la que se llamaba Claudia. Se había quedado dormido. Se inclinó y tocó el agua del cubo con la mano. Todavía seguía caliente. Habría dormido solo unos quince minutos.

— Así que tú eres el chico guapo del abrigo... — Dijo la chica. Antonio la miró. — Mi hermana nos contó que un chico muy guapo la ayudó. Tú eres ese chico tan guapo. ¿Verdad?

Antonio negó levemente con la cabeza. La chica sonrió.

— Pareces tan inofensivo... — Dijo. Luego se levantó de la silla y se sentó en el reposabrazos del sillón en el que estaba él.

Él levantó la cabeza para mirarla. Ella le puso una mano sobre la mejilla y le acarició. Él bajó un poco la cabeza y entonces ella vio que tenía rajado el labio por dentro. El color de la sangre en la cicatriz era muy vivo. La herida era reciente. Entonces ella le acarició el labio con mucho cuidado y se sentó encima de él. Él la estaba mirando a los ojos como si no entendiera nada. Ella se acercó muy



despacio como si fuera a asustarse y le beso en los labios lentamente y con mucho cuidado para no hacerle daño. Él empezó a besarla y entonces ella se levantó de encima y le pidió disculpas. El sacó el brazo por encima del edredón y le tendió la mano. Ella vio las heridas en su brazo. Le cogió de la mano y él tiro de ella hasta acercarla y volver a sentarla encima suya. Volvieron a besarse. Después él sacó la libreta de su bolsillo y le hizo un gesto con la mano, dando a entender que necesitaba un bolígrafo. Ella se levantó y le trajo uno y él empezó a escribir en su libreta.

— *Necesito que hagas una llamada.*

Ella lo leyó y le devolvió la libreta para que continuara escribiendo.

— *Tienes que llamar a este número y preguntar por Andrés, y cuando se ponga dile la dirección para que venga a buscarme. Dile que estoy bien y que no me ha pasado nada grave.*

Cuando acabó de leerlo, Antonio abrió una de las páginas del final y le enseñó el número de teléfono. Ella se levantó y fue al otro lado del salón e hizo la llamada.

La puerta sonó y los dos se levantaron. Ella fue a abrir y él se puso los calcetines y el abrigo y cogió el bolso y fue hacia la entrada. Andrés se encontró con él en el pasillo, se giró mirando hacia todos lados y cuando encontró el interruptor de la luz lo pulsó. Examinó con la mirada la cara de Antonio en busca de heridas y le abrazó cuando vio que estaba bien. En la entrada Antonio se despidió de Claudia con un abrazo y se fue hacia el coche y se sentó en el asiento del copiloto. Andrés apagó la luz del pasillo y salió por la puerta.

— Gracias por haber cuidado de él. — Dijo Andrés. Puso la mano sobre su hombro mientras lo decía.

— No ha sido nada... Vives con él. ¿Verdad?

— Si.

— ¿Me das tu teléfono?

— Claro. Te daré el de casa.

Claudia sacó un papel y un bolígrafo y Andrés apuntó el teléfono, luego le dio la mano.

— Muchas gracias por todo — Dijo él.

— Os llamaré algún día. — Contestó ella con una sonrisa.

Andrés subió al coche y arrancó el motor. Antonio enseñó la mano tras el cristal y se despidió de ella.

La luz naranja de las farolas hacía que el cielo pareciera morado. La luz iluminaba el interior del vehículo y luego quedaba en la sombra hasta que alcanzaba la próxima farola. Todo estaba en silencio a aquella hora, solo se escuchaba el sonido del motor. Andrés iba atento a la carretera, giró la cabeza y puso la mirada en el bolso que sujetaba Antonio. Volvió la mirada al frente y después de girar echó la última mirada al bolso.

— ¿Te defendieron ellas cuando tú estabas en peligro? — Dijo meneando la cabeza suavemente después. — No lo creo...

## 9

Sintió dolor en la herida del interior del labio. Se despertó sin abrir los ojos y notó que alguien le estaba tocando en la barbilla y en el labio. Se lo aplastaba contra la mandíbula y le hacía sentir la herida. Separó un poco los párpados y vio los ojos azules del gato mirándole mientras le tocaba con una de las patas delanteras. Lo tenía encima. La luz del sol iluminaba una parte de la cama de Andrés, que estaba vacía. Se levantó y cogió su libreta y un bolígrafo y salió de la habitación. Se sentó al lado de Andrés, escribió y se la entregó.

— *Siento mucho haber fastidiado tu cita de ayer.*

Él lo leyó y le miró con una sonrisa. Incluyó el torso hacia delante para darle un abrazo.

— No pasa nada... ¿Cómo estás?

Antonio hizo un gesto moviendo la cabeza y un hombro a la vez.

— Quería hablar contigo sobre lo que pasó ayer. — Dijo. Dio un trago del vaso de leche  
— Eres mi mejor amigo desde hace muchos años así que sé muy bien cómo eres. La justicia siempre ha sido lo primero para ti y eres la mejor persona que he conocido. Eres muy fuerte y estoy seguro de que podrías con dos muchas veces, pero no puedes ganar a tres, a cuatro o a cinco. No puedes volver a hacerlo, Antonio. Estás apostando la vida. Eran cuatro chicos contra uno, no puedes vencerles.

— *No se trata de vencerles, se trata de pararles.*

Andrés se llevó la mano al bolsillo.

— Si no vas a dejar de hacerlo, entonces prométeme que siempre llevarás esto. — Dijo. Sacó una navaja del bolsillo, la abrió y la puso en frente.

Tenía el mango negro, muy oscuro y la hoja parecía realmente afilada. Antonio la vio y levantó la mirada con los ojos muy abiertos. Le miró a los ojos mientras negaba despacio con la cabeza. Andrés en el fondo sabía que nunca la cogería así que la lanzó por el aire y dio un par de vueltas sobre sí misma y se clavó en la mesa.

Antonio se detuvo en frente del portal cuando llegó. En la mano izquierda llevaba el bolso de la mujer dentro de una bolsa de plástico. Había mirado dentro del monedero y obtuvo la dirección y el número del domicilio del documento nacional de identidad. Se llevó la mano a la parte de arriba de su gorro y se acercó a la puerta, la empujó y tiró de ella, pero estaba cerrada. Sacó las llaves de su bolsillo, que antes había sacado del bolso y comprobó las llaves hasta que consiguió abrirla. Subió las escaleras hasta la mitad del edificio y devolvió las llaves al bolso, lo colgó de las asas del pomo de la puerta y llamó al timbre y bajó un tramo de escaleras hasta situarse en un sitio donde no pudieran verle al abrir. Él podía ver la parte de abajo de la puerta solamente. Arrugó la bolsa de plástico hasta hacerla una pequeña bola y la metió en su bolsillo. Después de unos segundos empezaron a sonar unos pasos que venían del pasillo de la casa, alguien abrió la puerta y entonces Antonio empezó a bajar por las escaleras deprisa. Cuando había bajado dos tramos de escaleras corriendo una mujer se asomó por la barandilla de la escalera intentando verle y su voz recorrió el edificio hasta abajo.

— ¡Espera! ¡Espera!

Antonio siguió bajando por las escaleras a toda prisa y abandonó el edificio. De vuelta a casa empezaron a caer algunas gotas del cielo de forma intermitente. El cielo estaba tan oscuro que no parecía ser por la mañana. Antonio entró en el restaurante y al cerrarse la puerta el estallido de un trueno recorrió las calles. El hombre detrás de la barra levantó la mano al verle entrar.

— ¡Antonio! ¿Cómo estás?

Él hizo un gesto, afirmando con la cabeza una sola vez y con una media sonrisa, luego levantó dos dedos al aire.

— ¿Dos? — Dijo el hombre.

Antonio afirmó, se fue hasta una mesa al lado de la puerta y se sentó en la silla. Al cabo de un rato el hombre regresó con dos recipientes de plástico llenos de arroz con carne y los metió en una bolsa. Antonio se levantó y pagó y salió con ellos.

Caminó unos metros cuando otro rayo hizo crujir el cielo de forma violenta. Siguió caminando por la calle hasta el sitio en el que había un sintecho refugiado debajo del techo de un portal. Estaba tumbado de cara a la pared y parecía dormido. Antonio se acercó sin hacer ruido y metió uno de los recipientes de comida dentro de la caja de cartón tumbada que estaba en el suelo, a su lado. Siguió caminando por esa misma calle y al cabo de un rato llegó a donde estaba otro sintecho. Estaba sentado en el suelo contra la pared con la cabeza apoyada en ella y tapado con una manta que le cubría hasta el cuello. Antonio fue hacia él y le dio la bolsa con el otro recipiente.

— Antonio. — Dijo mientras la cogía.

Se dieron la mano y luego se sentó a su lado sobre el suelo con las piernas extendidas. El sintecho extendió la manta y Antonio se tapó las piernas con ella.

— ¿Te gustan las tormentas? — Dijo.

Antonio afirmó con la cabeza.

— A mí también me gustan. Las tormentas vacían las calles.

Se quedaron en silencio un buen rato. El sintecho ni siquiera había abierto el recipiente de comida.

— Tienes que tener cuidado, Antonio. — Dijo. Él giró la cabeza y le miró. — Los ojos bien abiertos, siempre. El barrio se está poniendo difícil, más todavía... La violencia siempre va a más. Ya lo sabes... La calle no es un sitio seguro para nadie. Este sitio ya no es el de antes...

Las gotas empezaron a chocar con el suelo, un trueno retumbó con fuerza y el relámpago iluminó el cielo. Parecía que los rayos ocurrían justo encima de ellos. Se levantaron y el sintecho se echó la manta por encima de la espalda y se envolvió con ella.

— Cuídate y cuida de Andrés, y no cambies. — Dijo mientras recogía sus cosas del suelo.

El sintecho se dio la vuelta y se marchó caminando. La lluvia empezaba a ser más fuerte y el sonido de las gotas golpeando el suelo se hizo con las calles. Antonio se puso la capucha y escondió las manos en los bolsillos del abrigo. Siguió caminando y entonces la lluvia empezó a caer con fuerza, tanta que no podía distinguir bien los edificios en la distancia. El impacto de las gotas contra su capucha era fuerte y constante y la humedad había cubierto todo el ambiente. Los truenos eran lo único que interrumpían el sonido de la lluvia y Antonio empezaba a sentir cómo sus pantalones y sus zapatillas se iban empapando. Siguió caminando hasta el edificio de los soportales y se refugió en ellos. Se quedó de pie en el interior, entre dos columnas, mirando cómo caía la lluvia encima de la tierra y producía ese olor tan único. Esperó unos minutos para ver si bajaba un poco la intensidad, pero no sucedió, así que se sentó en el banco de madera que tenía detrás, junto a la pared. Se quedó recostado con la cabeza apoyada en la pared, sobre su capucha, y al rato se incorporó y giró la cabeza a un lado. Veía las columnas de ladrillo perfectamente alineadas a lo largo del pasillo. Entonces se fijó en algo que había al final del banco, se acercó y lo miró. Era un libro muy desgastado. Se fijó bien en la portada intentando leer el título. Era una biblia. Miró a su alrededor y luego lo cogió. Lo miró por fuera y vio que le faltaba la tapa trasera, solo conservaba una esquina. Hacia la mitad del libro había un espacio mayor entre las páginas, que estaban separadas por algo más grueso como una cartulina. Lo abrió por ahí y vio una fotografía. La seriedad invadió su rostro, luego lo hizo el pánico.

# 10

San Emeterio añadió otros diez kilogramos a la máquina. Era el peso máximo que admitía, cien kilogramos. Cogió el agarre y tiró de la polea. Su rostro no reflejaba demasiado esfuerzo, pero los músculos de su enorme espalda se contraían y se marcaban con fuerza.



Salió del gimnasio y fue hasta el hotel caminando. Había abandonado el vehículo a las afueras de la ciudad. Se duchó en su habitación y se cambió de ropa, luego tiró la ropa antigua al cubo de basura. Por la tarde se marchó del hotel y caminó durante un buen rato. Iba caminando por la acera cuando vio un sobre en la carretera al lado del bordillo. Fue caminando hasta ahí y se detuvo. Todo apuntaba a que el sobre había caído de un coche que estaba ahí aparcado, al abrir la puerta, el conductor se subió y se marchó sin darse cuenta. Benicio se agachó y lo recogió del suelo. Comprobó si estaba cerrado. Lo estaba. Era un sobre completamente en blanco. Despegó la solapa y asomó el contenido un poco sin llegar a sacarlo del todo. Vio una fotografía de una cara con heridas y un ojo morado. Metió el contenido en el fondo del sobre rápidamente. Ni siquiera le había dado tiempo a fijarse si era la cara de un hombre o una mujer. Miró a su alrededor por un momento y se marchó caminando. Llegó a un edificio que tenía un pasadizo en forma de arco que lo atravesaba por debajo para pasar al otro lado. Benicio se metió dentro, miró a los dos lados. No había nadie. Se apoyó contra la pared y sacó el contenido del sobre. Eran fotografías de una mujer que había sido golpeada. Fue pasando las fotografías hasta llegar a la penúltima. Era una fotografía de la mujer sin marcas ni heridas, al lado de un hombre y enfrente de una casa. Habían pintado una flecha con rotulador que apuntaba a la cabeza del hombre y al otro lado de la flecha ponía “*Objetivo*”. En la parte trasera de la fotografía había una llave pegada con cinta. Había escrito detrás una fecha, una dirección y un número. La fecha coincidía con el día actual. Debajo ponía:

*“A partir de las 18:00 estará solo en la casa.”*

En la parte más baja había escrito un nombre:

*“Benedicto Gómez.”*

San Emeterio puso la fotografía al final de todas, dejando visible la última. Era una fotografía de una carta escrita a mano que estaba sobre una cama. La letra era casi ilegible, con las líneas torcidas, como si la hubiera escrito un anciano y la fotografía había sido hecha con demasiada distancia. No

era un primer plano, aun así, podían leerse algunas cosas.

*“...Que mi hija no volverá a ser maltratada... ...Sin que tenga repercusiones ni para ella ni para sus hijas...  
...Que sea enterrado en un sitio donde nadie pueda encontrarle...  
...12.000 € en efectivo.”*

Benicio despegó la llave y la guardó en su bolsillo junto a la primera fotografía, en la que salía la mujer de frente con el rostro marcado. Metió las demás en el sobre y lo guardó en su bolsa de deporte, sacó un bolígrafo y un billete de veinte euros que estaba lleno de nombres. En el hueco de abajo escribió otro.

*“Benedicto Gómez - (Maltrato)”*

Se encontraba en un banco observando el mapa que acababa de comprar en la tienda de enfrente. Miraba el mapa de la ciudad en busca de la dirección de la casa. Estuvo buscando unos minutos hasta que dio con ella. Se ubicó en el mapa y comenzó a caminar.

El cielo empezó a oscurecer cuando llegó a la dirección y se situó en frente del buzón de la casa. Miró la etiqueta del buzón en busca del nombre. Benedicto Gómez. Ahí estaba. Había otras casas alrededor de esa, así que se apartó un poco de ella y luego dio toda la vuelta para ver si podría salir por la parte trasera de la casa. Echó un vistazo y vio que no era posible. Había agotado toda la munición de la pistola con silenciador por lo que se le hacía más difícil asesinarle sin hacer ruido y no ser visto a la salida. Regresó a la parte delantera de la casa, echó un vistazo a todas las ventanas y vio que no había luz en ninguna de ellas. Abrió la puerta de la verja que le llegaba a la altura de la cintura más o menos, y fue hasta al lado de la puerta sin hacer ningún ruido. Acercó la cabeza hasta poner la oreja contra la puerta y contuvo la respiración. Oyó la televisión con muy poca fuerza, como si estuviera muy lejos de la puerta. Sacó la llave y abrió la puerta muy lentamente. No hizo el más mínimo ruido. Pasó al otro lado y la dejó entornada y puso la bolsa de deporte en el suelo contra ella para que no se abriera sola. Abrió la cremallera de la bolsa hasta la mitad y sacó una sartén. Fue

hacia la habitación de la que provenía el sonido de la televisión mientras miraba las otras habitaciones para comprobar que estaban vacías. La puerta del salón estaba entornada. Se acercó en silencio y vio a un hombre sentado viendo la televisión. Estaba de espaldas a la puerta por lo que no podía verle, pero Benicio sí podía ver una parte de su cara. Le reconoció enseguida, era el hombre que salía en la fotografía. Abrió la puerta y se situó al lado del sillón en el que estaba sentado. Tenía bien agarrada la sartén por el mango. El hombre no se giró. Benicio se acercó hasta verle por delante y le vio con los ojos cerrados. Esperó unos segundos prestando atención a su respiración. El hombre respiraba. Tan solo estaba dormido. Sacó de su bolsillo la fotografía de la mujer y la puso enfrente de él, encima de la mesa, luego recuperó la postura y le dio un toque en el brazo con la sartén. El hombre abrió un poco los ojos y lo primero que vio fue la fotografía encima de la mesa, luego se volvió y cuando vio a Benicio saltó del sillón y retrocedió dos metros hasta caer en el suelo. Tenía los ojos muy abiertos y la respiración acelerada y le miraba de arriba abajo como si acabara de ver un fantasma. Fue gateando rápidamente y rodeó la mesa y agarró el atizador de la chimenea, pero cuando estaba a punto de levantarse del todo, San Emeterio le golpeó fuertemente con la base de la sartén en la parte de arriba de su cabeza y se derrumbó inconsciente con los ojos en blanco durante la caída. El golpe produjo un sonido seco e inmediatamente después volvió a golpearle aplastando su cabeza contra el suelo. Escuchó como crujía su cráneo y al tercer golpe la parte metálica de la sartén se separó del mango y salió despedida. Los tornillos que los unían cayeron al suelo. Se quedó de pie con el mango en la mano. La televisión seguía sonando en medio del silencio. San Emeterio se aseguró de que ya no respiraba agachándose para tratar de oírlo. Veía la sangre saliendo de su cabeza. Recogió los dos tornillos y la otra parte de la sartén, recuperó la fotografía encima de la mesa y lo metió todo en su bolsa. Sacó el pañuelo de tela y se asomó por la parte abierta de la puerta. No había nadie afuera. El cielo había oscurecido por completo. Limpió las huellas del pomo de la puerta y de la puerta de la verja. Se fue.

La luz de la lámpara iluminaba las paredes débilmente. Antonio sostenía la fotografía sentado en el sillón que estaba frente a la ventana. Andrés se encontraba de pie detrás de él con el gesto serio y el puño sobre los labios.

Era una fotografía de una chica que había sido asesinada. Su cuerpo reposaba entre el suelo y una pared en ruinas. Tenía lágrimas en la cara. Había recibido una puñalada en el pecho que había manchado de sangre toda la parte frontal de su jersey blanco. Era la chica que caminaba cojeando, a la que ayudó Andrés cuando transportaban el piano.

— ¿Qué vas a hacer entonces?

— *Voy a ir al sitio. Estoy casi seguro de dónde es.*

— No es buena idea, Antonio. No sabemos cuándo fue. No es buena idea pasar por ahí si ocurrió hace pocos días.

— *Debieron asesinarla el mismo día que la vimos. Lleva la misma ropa y la fotografía se hizo cuando atardecía.*

— Eso no es seguro.

— *Tengo que ir de todas formas. No sabemos si esa chica está viva o muerta. Esto es solo una fotografía.*

— Deberías entregárselo todo a la policía. Puede que haya huellas en la fotografía.

— *Lo haré. Te lo prometo, pero antes averiguaré todo lo que pueda, y en la fotografía no hay huellas. Lo he comprobado a contraluz. Solo las mías. Esa gente sabe lo que hace...*

Antonio se levantó y guardó la fotografía dentro de la biblia. Andrés le agarró por los hombros.

— ¿Estás seguro?

Antonio asintió.

— Entonces vamos...

Andrés paró el coche en frente del bazar chino que estaba a punto de cerrar. Antonio bajó y rebuscó entre los pasillos, compró dos linternas y dos paquetes de pilas. Subió al coche y cargó las linternas y comprobó que funcionaban. Le entregó una a Andrés. Se pusieron en marcha y Antonio fue indicándole con la mano por dónde tenía que ir. Al cabo de un rato llegaron al sitio, aparcaron a cierta distancia y se quedaron dentro del coche un minuto. Los dos se quedaron mirando la casa abandonada que tenían en frente, a lo lejos. Su aspecto era de lo más siniestro en mitad de la noche. La entrada no tenía puerta y algunas partes estaban a medio derruir. Miraron a su alrededor y se aseguraron de que no había nadie. El cielo era especialmente oscuro esa noche. Bajaron del coche y fueron hasta allí, entraron en la casa y encendieron las linternas. El suelo estaba lleno de cristales de botellas rotas. La gente solía ir a esa casa a beber y drogarse. Las paredes estaban todas rotas y el suelo estaba lleno de tierra. Había grafitis por todas partes y el olor era muy desagradable por culpa de la basura y de los borrachos que meaban dentro. Los chicos se habían metido hasta lo más

profundo y todo estaba realmente oscuro, tenían que caminar muy despacio para ver donde pisaban para no hacer ruido pisando los cristales. Enfocaban hacia todas partes con las linternas y entonces vieron un pedazo de cinta policial en el suelo. Siguieron adelante y vieron una pequeña mancha de sangre. Andrés levantó la linterna y enfocó justo al lugar de la fotografía. El suelo y la pared. Allí era. Los dos se acercaron y se pusieron enfrente. Todo estaba impecable, la policía había limpiado el escenario.

# 12

Habían pasado dos días. Benicio viajaba sentado en el asiento del tren con la bolsa en el suelo, entre sus piernas. Iba en silencio y con su habitual gesto serio y lo único que hacía era mirar por la ventana durante todo el viaje. A su lado había una niña que jugaba y una mujer, su madre. La niña llevaba un buen rato tratando de abrir un tarro de cristal que contenía bombones. Se sentó en el asiento y lo sujetó entre las piernas y trató de hacer girar la tapa con las dos manos. No pudo. Le entregó el tarro a su madre y ella lo intentó unas cuantas veces.

— Ahora te lo abre papá cuando lleguemos. — Dijo la mujer.

Le devolvió el tarro a la niña y se quedó quieta en el asiento y no volvió a intentarlo. Después de un minuto la niña lo levantó en dirección a Benicio.

— ¿Me lo abre, por favor? — Pidió ella con su voz tan infantil.

Benicio giró la cabeza y la miró un momento. Ella le miraba también. Agarró el tarro y giró la tapa y el cristal emitió un chirrido por la resistencia que ejercía. Lo abrió al instante y se lo devolvió. La niña se quedó mirando el interior. Veía los bombones, pero no cogió ninguno. Primero le acercó el tarro a Benicio para que cogiera uno. Él volvió a girar la cabeza y la miró e intentó coger un bombón, pero su mano no cabía en el tarro. La niña metió la mano por él, metió su pequeño brazo hasta la altura del codo. Cogió uno y se lo entregó.



Abandonó la estación por la tarde y se fue caminando por las calles buscando un hotel. Pasó por al lado de una plaza caminando pegado a la pared y de pronto se detuvo. Había visto un pájaro en el suelo. Era pequeño y no se movía. Se agachó y le dio un toquecito con el dedo. Estaba vivo. Empezó a piar débilmente y a levantar la cabeza abriendo el pico. San Emeterio lo cogió y se lo llevó metido en la mano, dejando solo la cabeza fuera para que respirase. Todavía tenía pocas plumas y su cuerpo estaba frío. Benicio le dio calor acercándolo a su boca y echándole aire caliente de su aliento. Caminó un buen rato hasta que encontró un veterinario. Abrió la puerta y entró y fue hasta el mostrador y dejó al pájaro encima. Un hombre salió de una puerta que estaba detrás.

— Buenas tardes. — Dijo.

— Lo he encontrado en el suelo. Estaba solo. ¿Pueden hacer algo por él? — Preguntó Benicio.

— Em... — Dijo el hombre pensativo. — Ha debido caerse del nido. El problema es que es muy pequeño. Es casi imposible que sobreviva. No podemos hacernos cargo.

— ¿No va a hacer nada por él?

— Verá, es que es casi imposible que sobreviva sin su madre, pero si quiere puede intentarlo usted. Tiene que darle de comer cada dos horas. Espere un momento — Dijo. Se metió por la puerta de atrás y al rato volvió con algo en la mano. — Tiene que hacer una pasta machacando una galleta con un poco de agua y se la da con estas jeringas. Tiene que echárselo dentro del pico, en el fondo, para que pueda tragarlo.

Echó las jeringas de plástico encima del mostrador. Benicio se llevó la mano al bolsillo.

— ¿Cuánto es? — Preguntó.

— No es nada. No se preocupe.

Salió y fue hasta el hotel que estaba en mitad de la calle. Era el edificio más alto. Reservó una habitación y subió y puso una de las almohadas en el suelo, dejó el pájaro encima y se marchó con su bolsa rápidamente. El pájaro llevaba mucho más de dos horas sin comer, probablemente. Bajó corriendo a comprar comida y se metió en el supermercado que estaba al otro lado de la calle. Entró y rebuscó por los pasillos y se llevó en la mano un paquete de galletas. Llegó a la caja y vio que había dos mujeres por delante de él que llevaban un carro de comida cada una. No había otra caja disponible. San Emeterio alzó un poco la bolsa de deporte y abrió la cremallera del bolsillo donde guardaba el dinero. Sacó tres billetes y cerró la cremallera. Tres billetes al azar.

— Disculpe, ¿Aceptaría cien euros por su puesto en la fila? — Dijo Benicio después de mirar los billetes.

La mujer se apartó enseguida y cogió el billete de cien euros.

— Perdona, ¿Me cede su puesto por cincuenta euros? — Preguntó a la segunda mujer.

La mujer se apartó y agarró el billete de cincuenta euros y quitó el carrito de la compra de en medio todo lo rápido que pudo.

Benicio le entregó el paquete de galletas a la cajera y ella lo pasó por el escáner que emitió un leve pitido. La pantalla marcaba ochenta y cinco céntimos. San Emeterio le dio el último billete que tenía en la mano. Era de cincuenta euros. Agarró el paquete de galletas y se dio la vuelta nada más entregarle el billete.

— Quédese con el cambio... — Dijo mientras se marchaba.

Las tres mujeres se miraron perplejas.

Subió por las escaleras del hotel mientras abría el paquete de galletas y entró en la habitación y fue al baño. Puso el plástico del envoltorio encima del lavabo y machacó una galleta con los dedos encima de él. Añadió unas cuantas gotas de agua del grifo y lo mezcló hasta que hizo una pasta densa. Sacó una jeringa de la bolsa y la sacó del envoltorio y sacó el émbolo del cilindro y metió la pasta con el dedo. Acopló de nuevo el émbolo y empujó la mezcla hasta el final. Fue rápidamente a darle de comer al pájaro. Lo cogió de encima de la almohada y se sentó en la cama, le acercó la jeringa, pero no abría el pico. Lo intentó varias veces y al final tuvo que apoyarlo sobre su pierna y abrirle el pico con la otra mano con mucho cuidado. Metió la parte delgada de la jeringa y presionó el final del émbolo y una pequeña parte de la pasta cayó dentro del pico. El pájaro comenzó a comer de forma muy ansiosa. Estaba hambriento. Después fue al cuarto de baño y abrió el botiquín de la pared y cogió todo el algodón, hizo una bola con él y luego lo ahuecó por el centro dándole forma de nido, lo puso en el suelo y metió al pájaro dentro. Miró la hora en el reloj de pared. Las ocho en punto.

## 13

Detrás de la ventana todo estaba oscuro, solo la luz blanca del farol de pared que iluminaba el árbol y sus ramas secas que bailaban por el viento. La luz arrojaba sombra tras el árbol. Antonio esperaba sentado en el sillón a que Andrés entrara por la puerta. Encima de la mesa había un montón de hojas desordenadas llenas de la tinta del bolígrafo que sostenía. En una parte de la pared había una cinta que iba desde el suelo hasta la altura estimada de la chica, un metro setenta, y tenía una marca roja a

la altura de la herida de muerte. Antonio había puesto otra cinta recta por el suelo, desde los pies hacia atrás, formando un ángulo de noventa grados para intentar averiguar cómo la apuñalaron, la altura del asesino, su envergadura, si fue con la mano izquierda o la derecha y la distancia entre ellos en el momento del ataque.

Andrés entró por la puerta y dio la luz y se acercó al sillón.

— La tengo. Tengo la dirección de la casa de Ariadna.

Antonio asintió y apartó todos los papeles de la mesa menos uno. El papel se titulaba “Perfil” y era una lista que ocupaba una cara. Tenían frente a ellos la biblia y la fotografía.

— Quizá deberías entregar ya la foto a la policía. Puede que la necesiten.

— *Ellos tienen exactamente lo mismo que nosotros. Tienen el cadáver y vieron el escenario del crimen. La foto no les serviría para nada.*

— ¿Cómo sabes que lo tienen?

— *Porque si no ya lo estarían buscando.*

— ¿Crees que encontrarán al asesino?

— *No lo creo... Aquí ha muerto mucha gente y no ha pasado nada, y si los asesinos dejaron el escenario tal y como estaba es porque creen que no hay pruebas contra ellos. La policía va a llegar a las mismas conclusiones que nosotros, pero ellos no conocen el barrio. Nosotros si lo conocemos. Nadie va a colaborar con ellos. Es lo de siempre, de pronto en el barrio nadie la conocía...*

— Ariadna colaboraría con ellos.

— *Eso no lo sabemos con seguridad. Puede que estuvieran metidas en algo juntas, o que a ella también la estén siguiendo. Lo mejor es que hable con nosotros, y nosotros le entregaremos a la policía una lista de sospechosos.*

Andrés se acercó a la mesa. Se fijó en los papeles amontonados, eran listas con información que Antonio había sacado a partir de la fotografía. Leyó los que estaban arriba, los que eran visibles.

“Sobre el arma, sobre el lugar, sobre los hechos...”

Eran los tres títulos visibles de entre todas las hojas. Cogió el papel que estaba apartado, el que se titulaba “Perfil” y leyó algunos puntos de la lista.

1. *La mató alguien en quien ella confiaba.*

— ¿Cómo sabes que la mató alguien de su confianza?

— *Porque ella entró a la casa por sus propios medios. Había quedado con alguien dentro y fue hasta allí por voluntad propia. No muestra ningún signo de forcejeo así que no la forzaron a entrar o le habrían dado de sí el jersey. Tampoco la mataron fuera y luego la escondieron en la casa porque le habrían manchado las zapatillas y los bajos del pantalón de tierra al arrastrarla, y si la hubieran cargado en brazos entonces tendría una mancha circular de sangre en el jersey y tiene una línea vertical. Estuvo apoyada contra la pared desde que la apuñalaron. La prueba definitiva es que sale una parte del mango del bastón en la fotografía. Entró hasta esa habitación por sí misma.*

— También pudo traicionarla alguien en quien confiaba y le estuviese esperando dentro otra persona.

— *Eso es muy improbable. Ella mantuvo una conversación con el asesino y él la apuñaló por sorpresa. Sino no le habría dado en la parte frontal y en esa posición del pecho, recuerda que solo le dieron una puñalada.*

Andrés continuó leyendo.

2. *La apuñalaron con la mano izquierda.*

3. *Entre 1.65 y 1.70 centímetros de altura...*

Siguió leyendo todos los puntos de la lista hasta que llegó al final.

— ¿Y qué piensas hacer con esto?

— *Voy a enseñárselo a Ariadna para que construya un perfil. Si de verdad la conocía entonces nos dará tres o cuatro nombres que encajen con la descripción. Se lo entregaré todo a la policía mañana por la mañana.*

— Tienes que tener cuidado con lo que dices, Antonio. Acaba de perder a su mejor amiga...

Antonio asintió levemente. Cogieron los abrigos, la lista, la biblia con la fotografía, la libreta y el bolígrafo. Bajaron por las escaleras y salieron de casa y se metieron en el coche.

La noche era muy fría y el cielo nublado oscurecía las calles. Tras el cristal del parabrisas vieron unos pájaros volando en lo alto, a lo lejos. La falta de luz les hacía parecer completamente negros. Volaban en medio de la oscuridad como sombras huyendo de algo. Se oía el sonido del motor y de las ruedas sobre el asfalto hasta que Andrés detuvo el coche en la calle de al lado y apagó el motor. Bajaron y fueron caminando hasta que empezaron a ver la casa. Las pisadas eran lo único que interrumpía el silencio. Todas las persianas estaban bajadas. Se acercaron a la puerta y Antonio sacó del bolsillo la libreta y el bolígrafo. Andrés tocó con los nudillos en la puerta. Los dos intentaban recordar cómo era el rostro de Ariadna, pero solo podían visualizarla de una forma muy general. Era pelirroja y no muy alta y solo la conocían de vista. Esperaron unos segundos, pero nadie les abrió. Andrés volvió a hacer sonar la puerta con los nudillos y no abrió nadie. Se dieron la vuelta y se marcharon.

# 14

El teléfono empezó a sonar de madrugada, Antonio se levantó, encendió la lámpara y descolgó el teléfono y puso el altavoz. Era una llamada con número oculto. Andrés se giró en la cama y se incorporó un poco para poder hablar. Sonó la voz grave de un hombre un poco distorsionada por el altavoz:

— Será mejor que dejéis de jugar a los detectives, o vuestra vida va a dar un giro de ciento ochenta grados.

— ¿Quién eres?

El hombre colgó el teléfono. Se escuchó el tono de fin de llamada.

Benicio San Emeterio llevaba más de quince minutos mirando la jaula para pájaros con la mirada fija en los pequeños barrotes. Ya era por la mañana y había pasado toda la noche levantándose cada dos horas para alimentar al pájaro. Se dio la vuelta y salió de la tienda sin comprar nada. Entró en una ferretería y compró una plancha de plástico transparente, un soldador de estaño, un serrucho, un lápiz y una regla. Volvió al hotel, entró en la habitación y fue al lado del pájaro que empezó a piar en cuanto le vio. Parecía que comenzaba a recuperarse y a ganar fuerzas. Fue al otro lado de la habitación y se puso a trabajar. Midió la plancha de plástico y la marcó con el lápiz, luego cortó las piezas con el serrucho y formó una cajita para el pájaro y las unió fundiendo el plástico de los extremos con el soldador de estaño. También hizo agujeros en los lados con la punta del soldador para que pudiera respirar. Le llevó una media hora hacer la cajita. La cogió y cogió la jeringa con la pasta de galleta de encima de la mesa y fue a la esquina de la habitación donde estaba el pájaro. Había muerto. Estaba tumbado sobre un costado en el algodón.

El viento soplaba con suavidad y hacía mucho frío aquella tarde. Solo algunos rayos de sol atravesaban las nubes. Benicio fue caminando calle abajo hasta la cabina telefónica de la esquina. Se detuvo y dejó la bolsa de deporte negra en el suelo, sacó un billete de un bolsillo y unas monedas del otro. Buscó un nombre en el billete y marcó el número de teléfono que tenía al lado. Esperó unos segundos y alguien contestó.

— ¿Diga?

— ¿Sabes quién soy?

Hubo un momento de silencio. El hombre había reconocido ese tono y esa forma de hablar.

— ¿Soy el siguiente?

— Tienes que venir a verme, con el dinero. No puedes escaparte. No puedes esconderte.



— ¿Cómo vas a hacer para encontrarme?

— Sé don...

— Buena suerte... — Le interrumpió.

El tono de fin de llamada sonó a través del auricular del teléfono.

## 15

El sol empezaba a esconderse y el cielo se puso de color rojo. Los chicos iban caminando calle abajo hasta el refugio de animales con el gato asomando por el bolsillo del abrigo. En pocos minutos el sol se había ido y oscureció enseguida, solo quedaban unos pocos hilos de luz al final del cielo. Empezaron a escuchar gritos de gente por su espalda, a lo lejos.

— ¡Hijos de puta, lo vais a pagar!

— ¡Vais a pagar por lo que habéis hecho!

Antonio iba fijándose atento, tiró de la manga del abrigo de Andrés mientras miraba hacia atrás. Él se giró y vio a la gente a lo lejos.

— ¿Nos dicen a nosotros?

Antonio afirmó con la cabeza.

— No lo sé, se habrán equivocado...

Siguieron caminando y una mujer joven que iba por la otra acera con unas bolsas de la compra se detuvo y les miró fijamente al pasar como si no pudiera creerlo. Los chicos llegaron al local del refugio de animales. Era el local de la esquina y vendían comida y artículos para animales de compañía. Antonio se quedó fuera a mirar a la gente que gritaba a lo lejos, al principio de la calle. Se habían dado la vuelta y se habían ido. Andrés entró con el gato y se puso a hablar con el dependiente. Antonio se giró y vio tras el cristal cómo le entregaba al gato y él se lo llevaba a la trastienda. Luego volvió y le dijo a Andrés que tenía que rellenar una hoja. Él la rellenoó y la firmó.

— ¿Entonces podemos pasar a verlo algún día? — Dijo Andrés.

El dependiente dejó de prestarle atención de repente y se inclinó lateralmente y levantó la cabeza para mirar por encima del hombro de Andrés. Él giró la cabeza y justo en ese momento vio cómo un chico trataba de cortar la cara a Antonio con una navaja, él intentó esquivarla echándose hacia atrás y la punta de la hoja le pasó rozando. Cayó al suelo de espaldas y vio cómo Andrés aparecía a toda velocidad en menos de un segundo y empotraba al chico de la navaja contra el coche que estaba aparcado y el cristal de la ventanilla estallaba en pedazos por el impacto. La puerta quedó toda abollada y el chico quedó colgando de ella con medio cuerpo en el interior del vehículo y las piernas por fuera. No se movía. Fue corriendo a por el chico que estaba detrás y le derribó contra el coche y quedó tendido en la acera con Andrés encima. Levantó el codo hasta arriba y le dio un puñetazo en la cabeza y volvió a cargar el brazo para seguir golpeándole, pero Antonio ya le había agarrado por debajo de los brazos y le levantó del suelo. Andrés le apartó de en frente con el brazo y sacó la navaja negra y la abrió. Antonio le miraba con los ojos muy abiertos, tenía la cara roja y las venas del cuello y la frente muy hinchadas y respiraba como un animal. Tenía la mirada clavada en el tercer chico que estaba detrás del coche, en la carretera. Trataba de deshacerse de Antonio para salir corriendo detrás de él, pero él no le soltaba y el chico se marchó corriendo. Antonio tiraba de él para que se marchasen y se fueron tras la esquina y fue cuando Andrés se fijó en su cara. La punta de la navaja le había alcanzado justo debajo del ojo, en la mejilla, y las gotas recorrían las curvas de su rostro como lágrimas de sangre. Fueron hasta la casa de Lorenzo, abrieron la puerta rota del portal y subieron las escaleras hasta el piso y llamaron a la puerta.

— ¡Abre, Lorenzo, somos nosotros, Antonio está herido!

Lorenzo abrió la puerta y entraron y luego la cerró y les detuvo en el pasillo, les impidió el paso con

el brazo. No parecía sorprenderle mucho el corte de Antonio.

— ¿Lo hicisteis? — Dijo.

— ¿El qué?

— ¿La violasteis?

— ¡¿Pero qué dices, a quién?!

— Quiero que lo reconozcáis ahora mismo. — Dijo. La voz empezaba a temblarle, parecía que fuera a echarse a llorar. — No puedo creer que lo hayáis hecho... Quiero que me lo contéis todo. Mírame a los ojos Antonio, ¿tú violaste a Ariadna?

Antonio se había bajado un poco la cremallera del abrigo. Negó con la cabeza mientras se secaba la sangre de la cara con la parte alta de la camiseta.

— Has sido tú, Andrés... — Afirmó con los ojos llorosos. Él le miraba con los ojos desorbitados.

— ¿De qué estás hablando, Lorenzo? Nunca he tocado a una mujer sin su permiso...

— Eso no es lo que dice la gente.

— ¿En quién confías?

— En vosotros ya no.

— ¿No vas a curar a Antonio? Mírale a la cara. Está sangrando, le han dado con un cuchillo.

— Es la última vez que hablamos. — Dijo mientras abría la puerta de la casa.

Los chicos salieron. Andrés se giró por última vez.

— Espero que estés seguro de lo que haces. No vas a poder rectificar cuando las cosas se aclaren.

Salieron del edificio y fueron caminando hasta la entrada de la fábrica. Los portones estaban

cerrados y unidos por la cadena y el candado. La fábrica nunca había estado cerrada a aquella hora, y cuando lo estuvo siempre les habían avisado antes. Siguieron caminando hasta casa y a mitad de camino unos chicos salieron de detrás de una esquina. Los chicos siguieron andando y otros más salieron de la esquina de enfrente. Los de enfrente fueron caminando en dirección contraria a ellos y de pronto sacaron unas navajas del bolsillo y las abrieron. Los chicos miraron atrás y vieron que los otros chicos también se acercaban hacia ellos con navajas. Cuando quisieron darse cuenta ya estaban acorralados, eran cinco chicos y les habían cerrado el paso por todas partes.

— Tú puedes irte a casa, pero el mudo va a perder la vida por lo que ha hecho. — Le dijo uno de los chicos a Andrés.

Él ni siquiera respondió, no trató de decirles que los dos eran inocentes, sabía que no iban a creerle. Siguieron arrinconándoles contra la pared de ladrillo y entonces los chicos se subieron al escalón del portal que tenían detrás. Andrés sacó su navaja negra del bolsillo y la abrió y se puso por delante de Antonio.

— No tienes mucho tiempo para decidirlo, si te quedas se van a perder dos vidas.

— Aquí se van a perder más de dos. — Dijo Andrés.

Antonio le empujaba desde atrás, trataba de indicarle que se fuera, pero Andrés era incapaz de aceptar eso, sabía que iba a morir, pero no podía marcharse y dejarle solo. Los chicos siguieron acercándose hasta que casi no quedó espacio. Se escuchó un grito que venía de atrás, era la voz grave de un hombre.

— ¡Eh!

Salieron siete hombres de la nada en la oscuridad de la noche. Eran los sintecho a los que los chicos solían comprar comida y mantas. Llevaban todos machetes y cuchillos enormes, iban con la ropa sucia y desgastada y el metal de los cuchillos estaba oxidado. Se acercaron rápidamente y los cinco chicos se hicieron a un lado guardando las distancias.

— Si tenéis algún problema con estos chicos, entonces tenéis un problema con nosotros.

— Dijo uno de ellos, refiriéndose a Antonio y Andrés.

— ¿Cuál es el problema? — Preguntó otro.

Los cinco chicos se quedaron en silencio y bajaron todos las navajas. Los sintecho bajaron los machetes y los cuchillos.

— Habéis tomado la decisión correcta, lo último que queréis es un problema con unos putos vagabundos. — Dijo uno de ellos. — Vamos chicos, podéis volver a casa. — Les dijo a Antonio y Andrés. — Y vosotros, vamos a charlar un rato. — Añadió, refiriéndose a los cinco chicos.

Antonio y Andrés se marcharon a casa y los sintecho retuvieron a los cinco chicos durante un buen rato para que no les siguieran.

## 16

La sangre de la herida ya se había secado cuando llegaron a casa. Andrés acabó de limpiarle la sangre seca de la cara con un pañuelo mojado que quedó de color rojo y lo dobló y fue a tirarlo. Cuando volvió, Antonio había puesto su libreta abierta encima de la mesa.

— *¿Crees que han sido los mismos que nos amenazaron por la madrugada?*

— ¿Los que se lo han inventado?

Antonio afirmó una sola vez con la cabeza.

— No se me ocurre nadie más.

— *Nos vieron cuando fuimos a su casa, pero ¿cómo consiguieron nuestro teléfono?*

— No tengo ni idea, pero no van a tardar mucho en conseguir nuestra dirección.

— *¿Y por qué vigilaban su casa?*

— Llevo dándole vueltas desde ayer. ¿Y por qué Ariadna no ha salido a desmentir que la violásemos?

Los dos se quedaron pensativos un momento.

— ¿Crees que ha podido pasarle algo también a ella?

— *No quiero ni pensarlo...*

Pasaron un largo rato en silencio dándole vueltas a la situación.

— *Si ella ha muerto, van a salirse con la suya, sería imposible atraparlos.*

Los chicos esperaron hasta la madrugada. Cogieron las linternas y una vieja palanca de acero y se fueron en el coche. Aparcaron lejos de la casa de Ariadna, cuatro calles más allá. Fueron caminando y dieron toda la vuelta para entrar por la parte de atrás. Todas las persianas seguían bajadas. Antonio encendió su linterna y enfocó a una de las ventanas de abajo, intentó abrirla, pero estaba cerrada. Andrés hizo fuerza con la palanca y la abrió enseguida y luego rajó la persiana con la navaja hacía abajo haciendo dos cortes, de modo que la persiana quedaba colgando y pasaron por debajo. Le

entregó la palanca a Antonio y él se quedó con la navaja y apuntaron para todas partes con las linternas para asegurarse de que no había nadie dentro de la casa. Registraron todos los muebles y recorrieron toda la planta baja. Todo estaba en perfecto estado, parecía que Ariadna había desaparecido de repente, dejándolo todo tal y como estaba. Subieron a la planta de arriba y miraron en el baño y en las habitaciones. Antonio entró en su habitación y Andrés fue a mirar por otra parte. Recorrió las paredes con la linterna y la luz pasó por una estantería llena de libros. Detuvo el foco inmediatamente. Se acercó despacio para mirar con más detalle y se detuvo. Era la tapa trasera de la biblia. La cogió y la enfocó con la linterna y la miró por los dos lados detenidamente para ver si era ella. Lo era. Apuntó con la linterna al suelo y se quedó pensativo. Se preguntó si Ariadna era zurda. No lo sabía, pero medía poco más de 1,65 y encajaba perfectamente en todas las descripciones del perfil que recordaba. Salió corriendo y agarró de la ropa a Andrés y tiró de él a rastras escaleras abajo. Él le preguntaba todo el rato que ocurría con un tono muy nervioso, pero Antonio no estaba dispuesto a parar para escribirlo. Salieron de la casa y fueron de vuelta hacia el coche. Le enseñó la tapa de la biblia y luego se la dio mientras caminaban. Andrés la miró y enseguida logró entenderlo. Levantó la cabeza y le miró totalmente horrorizado. Iban caminando por la carretera, en un aparcamiento y de pronto escucharon el motor de un coche y vieron que los faros apuntaban directamente a su dirección, por la espalda. El motor sonó fuerte con un acelerón y cuando los chicos se giraron vieron que venía hacia ellos a toda velocidad. Corrieron en sentidos contrarios y el coche giró intentando atropellar a Andrés, pero corrió y dio un salto tratando de escapar de su trayectoria y recogió las piernas en el aire, pero la esquina del techo le golpeó en los pies y le hizo perder la estabilidad y cayó fuertemente contra el suelo. El coche no logró frenar hasta que había avanzado una buena distancia y comenzó a dar la vuelta. Antonio corrió y le ayudó a levantarse y recogió la tapa de la biblia del suelo y tiró la palanca por los aires. Le ayudó a pasar al otro lado del muro de una casa y luego él se subió a lo alto y trató de ver quienes iban en el coche. Eran dos chicos en la parte de delante con pasamontañas. El coche giró y trató de dar toda la vuelta para cogerles al otro lado de la calle. Los chicos ya habían saltado y Antonio ayudaba a Andrés a seguir avanzando por que se había hecho daño en la pierna. La noche estaba en absoluto silencio cuando volvieron a escuchar el sonido del motor. Fueron rápidamente tras la esquina y se agacharon para no ser vistos si alguien más les estaba buscando. Dieron la vuelta pasando entre las paredes de los edificios y fueron a un sitio desde el que podían ver su coche a media distancia. Las ruedas estaban pinchadas. Se dieron la vuelta y caminaron agachados por donde habían venido. A veces escuchaban el sonido de un motor a lo lejos que pegaba acelerones. Fueron agachados por un lado de los coches aparcados y llegaron a un parque con muchos arbustos. Cruzaron el parque pasando entre los arbustos y se escondieron en un sitio rodeados de plantas.

— Voy a llamar a un taxi desde la cabina mientras tú vigilas. Si ves a alguien das dos palmadas y desapareces. No me esperes, yo no puedo correr ahora. — Dijo susurrando.

Antonio nunca le dejaría solo pero aun así afirmó con la cabeza para que llamara. Fue cojeando hasta la cabina e hizo la llamada y habló en voz baja, le dijo la calle y le dijo que tenía que parar al lado del tercer coche aparcado justo después de doblar la esquina. Los chicos esperaron escondidos entre las plantas y estuvieron todo el rato mirando a través de las ramas en absoluto silencio. Se escuchaban ruidos todo el rato de animales o de coches a lo lejos y tenían que estar

mirando continuamente. Por fin llegó el taxi y paró exactamente al lado del tercer coche y los chicos salieron de entre las plantas sin hacer ruido y se metieron dentro.

El taxi ya les había sacado de aquel lugar, pero todavía respiraban nerviosos en la parte de atrás. Antonio conservaba la tapa y la linterna. Andrés había perdido la suya. Le pidió prestada la libreta y el bolígrafo con un gesto. Él se lo dio y Andrés empezó a escribir. No quería decirlo en voz alta delante del taxista.

— *¿La asesinó su mejor amiga?*

Se la devolvió a Antonio y el leyó. Afirmó lentamente y con toda seriedad.



Llegaron a casa y subieron las escaleras. Pagaron el taxi con la tarjeta. Antonio encendió la luz, pero Andrés la apagó enseguida y se quedaron a oscuras.

— Antonio, van a venir a buscarnos. Dame la linterna.

Antonio empezó a escribir y él apuntó con la linterna a la libreta.

— *Lo sé... Ya he visto que nos quieren muertos.*

— Primero tenemos que ponernos a salvo, y cuando estemos lejos de aquí se lo contamos todo a la policía. Tenemos que esconder la biblia con la foto y la tapa en un sitio donde puedan encontrarlo. No es bueno que vayamos por ahí con eso.

— *¿Y qué quieres que nos llevemos?*

— No hay tiempo para hacer la maleta. Si llegan y seguimos dentro estamos muertos, y no sabemos cuándo van a llegar. Abre la persiana hasta arriba y coge un par de bolsas de plástico, los prismáticos y la biblia con la tapa y la foto. No van a llevarse nada, no es eso lo que buscan. Tenemos que marcharnos muy lejos de aquí. Volveremos cuando haya pasado un tiempo.

Antonio se puso a ello y Andrés se sentó al teléfono y abrió la guía telefónica por la parte de los hoteles y llamó a uno al azar.

— Hotel BM Barcelona, ¿Dígam...?

Colgó enseguida y se marcharon. Caminaron con las capuchas del abrigo puestas y se colaron en un huerto saltando la valla. Cogieron una pala y se marcharon hasta el pequeño bosque que estaba detrás del cementerio y cuando se aseguraron de que no había nadie se pusieron a cavar a oscuras y de vez en cuando encendían la linterna para ver cómo iban. Metieron la biblia con la tapa y la foto en una bolsa y la envolvieron bien con la otra y la enterraron. Salieron por donde habían entrado y midieron la posición de la biblia. Estaba enterrada en el árbol número 13. Volvieron y tiraron la pala por encima de la valla del huerto y entraron al hotel que estaba en frente de su casa. Cogieron una habitación desde la que podía verse la ventana de la casa de frente. Andrés se sentó encima del escritorio de la habitación y se puso a mirar por la ventana con los prismáticos en la mano.

— *¿Qué estamos haciendo aquí?*

— Sólo quiero ver quien nos está siguiendo.

— *Eso ya lo sé. ¿Pero para qué quieres saberlo?*

— Porque ellos saben muy bien a quien están siguiendo, nosotros no sabemos quién nos sigue. Tú ve a la cama a descansar si quieres, yo me quedaré esta noche a vigilar y en cuánto sepamos quiénes son podemos irnos.

Benicio se sentó en un banco después de llamar por la cabina aquel día. Revisó algunas notas que llevaba dentro de la bolsa y empezó a escuchar una conversación en el banco de al lado. Eran los cinco chicos que rodearon a Antonio y Andrés, y detrás de ellos estaba uno de los sintecho sentado en el suelo, haciendo como que no estaba oyendo nada.

— ...Dicen que la violaron hace tiempo y que no se atrevió a decirlo hasta ayer, porque tuvo que irse de la ciudad. La tenían muy acojonada. Antes decían que habían sido los dos. Se llaman Andrés y Antonio, pero ahora todo el mundo dice que fue el mudo, el que se llama Antonio. Vamos a ir a por él. No se sabe dónde viven, pero no es muy lejos de aquí, porque siempre les veía pasar por esa calle de ahí arriba...

San Emeterio sacó un billete del bolsillo, apuntó los dos nombres y tachó el de Andrés, puso que Antonio era mudo y que fue una violación.

Andrés pasó toda la noche vigilando la ventana y luego se puso Antonio cuando se despertó. Andrés durmió unas horas y después de toda la mañana y la tarde seguía sin aparecer nadie tras la ventana de su casa. Cuando se despertó se fueron turnando entre los dos y cuando comenzó a oscurecer le tocó a Antonio. Empezaban a pensar que nadie vendría, o que ya habían estado dentro cuando fueron a enterrar la biblia. Oscureció casi por completo y de repente, se hizo la luz tras la ventana. Antonio avisó a Andrés con gestos y dando golpes sobre el escritorio. Andrés fue rápidamente, él llevaba los prismáticos. Empezó a mirar con ellos, y unos segundos después la luz se apagó, vio una mano grande y fuerte con las venas marcadas sujetando unas asas negras, la persiana se cerró hasta abajo. Andrés fue corriendo al teléfono y llamó al de la casa en número oculto. Dejó de escuchar el tono de espera de llamada porque habían descolgado el teléfono. Hubo un silencio que pareció eterno, de pronto sonó la voz de Benicio:

— ¿Sabes quién soy?

— No, la verdad es que no lo sé, pero tú sabes muy bien quién soy yo, supongo...

— Sí, eres el que puede hablar.

Andrés se quedó en silencio, pensativo.

— Tienes que decirle al mudo que venga a verme. Dile que tiene que hacerlo. No puede escaparse. No puede esconderse.

— ¿Y por qué tiene que ir a verte?

— Tiene que responder por lo que hizo.

— ¿Y qué hizo?

- Él lo sabe muy bien. Dile que puede huir de todo, menos de lo que hizo.
- Huimos porque somos inocentes.
- Los inocentes no huyen.

Hubo unos segundos de silencio. Después volvió a sonar la voz de Benicio.

- ¿No va a venir a verme?
- Vas a tener que venir a buscarle.

Colgó el teléfono.

- *¿Quién es?*
- Es algo completamente diferente. No nos busca por descubrir a Ariadna, nos busca por violarla. Te busca a ti.

Llamaron a un taxi y se fueron.

Benicio había encendido la luz cuando entró en la casa, se sentó al lado del teléfono y miró el historial de llamadas y llamó al último teléfono.

- Hotel BM Barcelona, ¿Qué des...?

Colgó y lo apuntó en el billete junto al nombre. Apagó la luz y fue hasta la ventana y cerró la persiana hasta abajo, luego registró la casa y la habitación y encontró un álbum de fotos, cogió una fotografía en la que salían los dos en un taller, con el mono de mecánico azul puesto y manchados de grasa. Los dos salían sonriendo. Se llevó la fotografía y la cartilla del banco. Se fue.

# 19

San Emeterio llevaba media hora esperando en la oscuridad. Escuchaba la música del interior del local cada vez que alguien abría la puerta. Vio desde la distancia cómo salía un hombre que llevaba puesto un sombrero y hablaba por teléfono. Estuvo unos minutos hablando en frente del local y luego colgó y empezó a caminar. Benicio empezó a moverse.

El hombre caminó aquella noche hasta que llegó al portal, sacó la llave y abrió la puerta y entró, y justo cuando estaba a punto de encender la luz sintió cómo un cable comenzaba a estrangularle por el cuello. Trató de quitárselo mientras se revolvía hacia los lados en la oscuridad intentando respirar. Hacía esos ruidos tan desagradables con la garganta cuando intentaba gritar y coger aire. Se revolvió unos segundos y empezó a sentir la presión de la sangre en su cabeza. Tiró fuerte hacia un lado intentando escapar, pero Benicio tiró del cable hacia el otro lado y el hombre chocó de cabeza contra la pared y se desmayó.

Despertó en un local vacío, sentado en una silla y con marcas en las muñecas de haber estado atado. En frente de él estaba Benicio con la bolsa de deporte a un lado y con la pistola con silenciador apoyada entre la pierna y su mano. Entre ellos, en el suelo, había un montón de fardos de billetes de 50 euros formando una montaña. En la pared de al lado había un agujero que había hecho San Emeterio. Detrás del yeso es donde estaba el dinero. También encontró una pistola de 9 milímetros con una bala en la recámara. La sacó y la metió en la suya.

— Te dije que no podías esconderte. — Dijo Benicio.

— Eres como un maldito fantasma.

— ¿Cómo le matasteis?

— Le ahogamos en la bañera.

— ¿Y cómo quieres morir tú?

— No creo que pueda decidirlo.

Benicio encendió una cerilla y la metió por debajo de la montaña de fardos de billetes. Empezaron a arder enseguida.

— Dime una cosa. — Dijo Benicio. — ¿Qué sientes al saber que todo por lo que vas a morir, no representa nada para mí?

El hombre no respondió. Miraba los billetes ardiendo y cuando la llama se hizo grande y lo cubrió todo empezó a sentir el calor en las piernas, intentó apartarlas, pero estaban atadas por los tobillos a las patas de la silla. Empezó a sentir como se quemaba por la proximidad del fuego e intento desatarse y se puso muy nervioso. El fuego le quemaba las manos y no podía hacerlo.

— No, ¡por favor! ¡por favor! — Empezó a ponerse cada vez más nervioso y a gritar.

Benicio alzó el brazo y le disparó en la cabeza. Tachó su nombre, cogió la bolsa de deporte y se fue.

Se marchó en su coche y después de unos minutos conduciendo aparcó en un sitio alejado, sacó la cartilla del banco que había cogido de la casa de los chicos y la miró. En la cartilla salían los dos nombres, era una cuenta conjunta. Fue caminando hasta el banco y metió la cartilla en el cajero y la sacó después de actualizarla, miró los movimientos. Había dos pagos a taxis, el cobro de un hotel y el último extracto era de la estación de autobuses, 52 euros con 80 céntimos.

Condujo hasta la estación y aparcó a buena distancia. Podía ver las luces desde ahí. Entró y comparó los precios de los billetes. Un billete a Barcelona costaba 34 euros, el único destino que coincidía era Málaga, el billete costaba 26,40. Se acercó a la ventanilla y compró un billete y habló con la señorita:

- ¿Sabe a qué hora ha salido el último hacia Málaga?
- A las once y media.
- ¿Y podría decirme dónde hace las paradas?

Después de averiguarlo se subió en el coche.



El autobús estaba parado en el área de servicio. La gente estaba en el restaurante, que era la única luz junto al hotel y la tienda en medio de toda aquella oscuridad. Los chicos estaban sentados en una mesa tomando algo. Tenían quince minutos en cada parada y el autobús paraba cada dos horas de viaje. Andrés fue al servicio y cuando volvió vio una llave en su mesa, al lado de la mano de Antonio.

— ¿Qué es eso?

Antonio giró la libreta que estaba abierta encima de la mesa.

— *El conductor nos ha dado una llave a todos. Son del hotel de al lado. Dice que el bus ha tenido un problema y que no podemos continuar. Pasaremos la noche aquí, la compañía corre con los gastos.*

Todo el mundo había empezado a hacer mucho ruido y a quejarse. Después de un buen rato los chicos subieron a su habitación. Casi todo el mundo había ido a las habitaciones y el sitio estaba bastante tranquilo. Andrés bajó a por algo de comer a la tienda. Compró bocadillos y patatas y algunos refrescos y cuando volvía hacia el hotel vio al conductor del autobús. Un coche de policía se alejaba por la carretera.

— ¿Qué le ha pasado al bus? — Preguntó Andrés.

— Alguien nos ha rajado dos ruedas. Las ha rajado pero bien. Si fueran pinchazos podría repararlos y además el bus lleva una rueda de repuesto, pero así yo no puedo hacer nada. En fin, mañana por la mañana estará solucionado.

Andrés se despidió y se alejó pensativo, subió por las escaleras del hotel y vio a un hombre de espaldas que estaba detenido mirando una fotografía. Se fijó un poco más en él y vio su mano, la mano que sujetaba las asas negras y le reconoció enseguida. Era el hombre detrás de la ventana, era

Benicio San Emeterio. Andrés se detuvo en seco y no hizo ningún ruido, dejó de respirar y sintió como su corazón se aceleraba y le golpeaba con todas sus fuerzas. Justo en ese momento Benicio se giró y nada más verle se apagó la luz automática y todo quedó a oscuras. Sólo se veía la luz de los interruptores a lo lejos. Andrés soltó la bolsa y salió corriendo y trató de dar la vuelta por los pasillos para llegar a la habitación antes que él y salvar a Antonio. Les había acorralado. Corrió con todas sus fuerzas a oscuras y dio la vuelta a la esquina del pasillo y de pronto chocó con él en la oscuridad y cayó al suelo de espaldas como si hubiera chocado contra un muro. Cayó y quedó sentado contra una de las esquinas del pasillo. Benicio encendió una cerilla y el fuego iluminó la cara de Andrés. Sus ojos brillaban y las lágrimas corrían por su cara. Alzó la escopeta hasta ponerla a la altura de su pecho.

— ¿Cómo te llamas?

Nada más decirlo, Andrés cayó en la cuenta de que él no sabía cuál de los dos era el mudo. Se quedó completamente en silencio y negó levemente con la cabeza. Benicio apretó el gatillo y el estruendo recorrió todos los pasillos. La cerilla se apagó. Desapareció.

Había pasado algo menos de un mes. Antonio tenía unas grandes ojeras por la falta de sueño. Había pasado muchas horas pensando en el suicidio, pero era algo que no podía permitirse. Andrés había muerto por él y no podía permitir que hubiera muerto para nada. Estaba condenado a vivir. Su cara no reflejaba el dolor ni la gravedad del trastorno en el que había caído, pero la escena sí lo hacía. Se encontraba sentado en el suelo, de espaldas a la pared de ladrillo con el cadáver de Ariadna reposando sobre él. Ella estaba sentada entre sus piernas, de espaldas a él. La navaja negra de Andrés estaba en el suelo y él tenía las manos bañadas en sangre y acariciaba su pelo rojo. La acariciaba lentamente y su cara reflejaba una gran tranquilidad, como si aquello le produjera placer o un gran desahogo. La dejó tumbada y sacó su libreta del bolsillo. Recorrió su nombre con la punta del dedo y quedó todo manchado de sangre. Solo era un nombre más entre tantos. Guardó su libreta y la navaja. Se fue.

